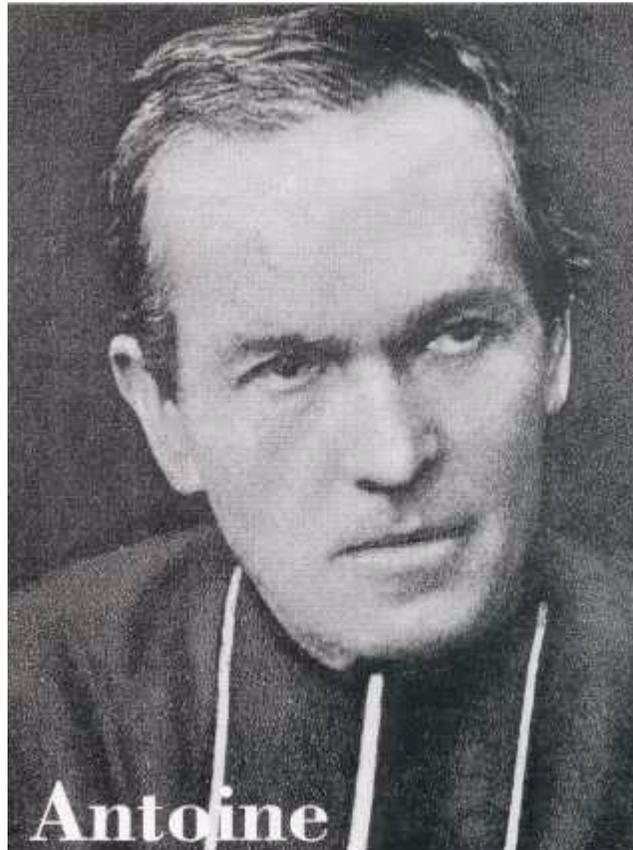


Pierre Berthelon



Chevrier

fundador del prado
1826-1879

P. Berthelon

ANTONIO
CHEVRIER

1826- 1879

Edición para uso privado de la Asociación de los Sacerdotes del Prado, México.

ADVERTENCIA

Esta *vida de Antonio Chevrier* está concebida voluntariamente de un modo abreviado. Existen obras más amplias donde pueden encontrarse todos los detalles históricos que se deseen.

Si queremos explicar en pocas páginas los rasgos esenciales de una vida, nos vemos obligados a hacer una selección, que se realiza a partir de la idea que nos hacemos de la persona, de su mensaje, de su misión. Por tanto, he seleccionado los rasgos de acuerdo con mi idea.

Mi propósito es que los miembros del Prado conozcan mejor al P. Chevrier, ayudándoles ante todo a reencontrar su persona y su vida tras las páginas de su obra: «El Verdadero Discípulo» Sor María que fue la primera en comprender lo que quería este sacerdote decía:

P.I. «El padre Chevrier se ha retratado a sí mismo en su obra «El Verdadero Discípulo de Jesucristo»

El libro manifiesta la vida de su autor y su vida aclara el libro. Así comprendemos mejor la gracia concedida a este sacerdote, y por consiguiente, la que se nos ofrece, si hemos sido llamados a seguir su mismo camino.

Las biografías completas del P. Chevrier son las de *Cleude Chambost y Jean-Francois Six*.

La primera es antigua: fue terminada en 1928. Aún es interesante, ya que contiene datos difíciles de encontrar en otros lugares.

La segunda es reciente: «Un petre, Antoine Chevrier, fondateur du Prado» (Paris, Editions du Seuil, 1965) Sitúa los hechos en el contexto histórico de su época.

Las siglas de referencia, puestas al margen, serán las siguientes:

VD: Le Veritable Disciple (edición francesa de 1968) El número que sigue indica la página.

L. Lettres (Edición francesa de las cartas del P. Chevrier, a multicopista 1974) Después del número de la página se pone el número de la carta. Así se puede localizar en la edición más antigua a multicopista.

P I, P II, P III, P IV. Conjunto de testimonios para el proceso de beatificación. Cuatro volúmenes a multicopista. El número que sigue en cifra árabe indica la página.

Six: Biografía de Jean-Francois Six.

Ms: Referencias a las copias manuscritas de los escritos del P. Chevrier guardados en Limonest. (13 volúmenes, I al XIII)

R. El volumen X de los escritos guardados en Limonest, edición a multicopista con el título «Reglements Sacerdote» El número indica la página.

En los numerosos textos citados, se ha puesto entre corchetes (...) la traducción de algunas palabras latinas o palabras añadidas para aclarar el texto. Cuando una expresión latina no va seguida de una traducción especial, significa que el texto del P. Chevrier ya da esta traducción.

PROLOGO

El 4 de octubre de 1986, en la tierra que le viera nacer, crecer y morir, Juan Pablo II beatificaba al Sacerdote secular de la Diócesis de Lyon, Antonio Chevrier. Una muchedumbre de más de 300.000 personas festejó la pasión por Jesucristo y por los pobres que caracterizó su existencia sacerdotal. Como él mismo decía, su divisa eran las palabras de Jesús: «Tomad y comed» Para llegar a ser un «hombre comido», hay que pasar por él «despojo» del Pesebre y la «inmolación» de la Cruz. El sacerdote es un hombre «despojado», «crucificado», «comido» Con Cristo y como Cristo quería darse a los ignorantes, a los pobres y a los pecadores, a fin de que descubrieran el Evangelio de la gracia y de la esperanza.

En el elogio de este sacerdote pobre y manso, Juan Pablo II tiene estas palabras significativas: «Antonio Chevrier "es uno de esos pequeños" que no puede compararse con los "prudentes" y "sabios" de este mundo y de otras épocas. El constituye una categoría aparte, tiene una grandeza totalmente evangélica. Su grandeza se manifiesta fuertemente en lo que se podía llamar su pequeñez, su pobreza. Viviendo humildemente, con los medios más pobres, él es testigo del misterio escondido en Dios, testimonio del amor que Dios manifiesta a las multitudes de los "pequeños" semejantes a él. El ha sido su servidor, su apóstol»

«Para ellos, él ha sido el "sacerdote según el Evangelio" para retomar el primer título de la acogida de sus exhortaciones sobre "el verdadero discípulo de Jesucristo". Para numerosos sacerdotes, presentes aquí, ha comenzado para ellos, desde el Prado que él ha fundado, un guía incomparable. Pero todos los laicos cristianos que forman esta asamblea encontrarán también en él una gran luz, porque él muestra a cada bautizado cómo anunciar la Buena Nueva a los pobres, y cómo hacer presente a Jesucristo a través de su propia existencia»

El camino propuesto y vivido por Antonio Chevrier es muy sencillo. Para ser un colaborador eficaz de la evangelización de los pobres hay que seguir más de cerca al Verbo Encarnado; para que los pobres escuchen la Buena Nueva de Dios, es preciso hacerse su amigo, su hermano y vecino, es decir, vivir la opción preferencial o fundamental del Mesías de los pobres según Dios. Pierre Berthelon, antiguo responsable general del Prado, en esta breve biografía, nos presenta a este sacerdote sencillo, pero que resulta ser un guía incomparable para todos aquellos que quieren ser discípulos y testigos del Evangelio entre los pobres. Para escribir este libro, Pierre ha elegido un camino muy interesante. Nos presenta la vida de Antonio Chevrier a través de sus escritos, principalmente de «el Verdadero Discípulo», pues evoca todo lo que pretendió ser su existencia sacerdotal en el barrio de aluvión que era la Guillotiere. Su vida, por otra parte, nos permite adentrarnos en la inteligencia de sus escritos.

(1) su arrepentimiento no duró. Jaricot ingresó definitivamente en la Trapa al morir el P. Chevrier. Asimismo, Delorme y

La lectura de este libro nos ayudará a comprender cómo un modesto sacerdote, entregado a la evangelización de lo que no cuenta según el mundo y a la formación de sacerdotes y de catequistas pobres para los pobres, se ha convertido en un guía indiscutible para hombres y mujeres de más de treinta nacionalidades. Algunos de ellos, si nos atenemos a los criterios humanos, con una formación, personalidad y misión más importantes que el humilde apóstol de la Guillotiere. Pensemos en Mons. Alfredo Ancel, Obispo auxiliar de Lyon, quien ejerció gran influencia en la Iglesia de Francia, en el Concilio Vaticano II y a escala internacional. He aquí su testimonio: «En cuanto a mí, he elegido al P. Chevrier. Mas bien debería decir: he sido seducido por el P. Chevrier. De hecho por razón de mi origen social y de mi cultura, yo era muy distinto a él, y durante cierto tiempo, he pensado que a Antonio Chevrier le faltaba envergadura. Pero este sacerdote me ha seducido por su veracidad. Tomó el Evangelio en serio. Para él, el Evangelio no era solamente una enseñanza comparable a otras; el Evangelio era Jesucristo, el Hijo de Dios, el Salvador de los hombres. Antonio Chevrier se había entregado totalmente a Jesucristo, quería seguirle de cerca, haciéndose semejante a él. Él quería arrastrar consigo, por el mismo camino, a aquellos sacerdotes que aceptaran unirse a él. Quiso todo esto porque Dios se lo había pedido y también porque los trabajadores, es lo que esperaban del sacerdote. Querían ver en él a Jesucristo.» (Alfred Ancel, El Prado, La Espiritualidad Apostólica del P. Chevrier, París, 1982, pág. 19)

Antonio Chevrier no es el creador de una escuela de espiritualidad. Su aportación, a mi juicio, es más modesta y, al mismo tiempo, más decisiva si cabe. Él no pretende establecer los raíles por los que debería avanzar el sacerdote o el laico con deseos de vivir radicalmente el seguimiento de Jesucristo. Su objetivo es llevarnos ante la persona y misión del Verbo Encarnado, a fin de contemplarlo en su camino mesiánico: el Pesebre, el Calvario y la Eucaristía. No busca elaborar una doctrina de estas tres etapas y de los signos mesiánicos que comportan, cuanto hacer accesible su contemplación. Es el guía que nos conduce ante la cima y desaparece, a fin de que por el estudio, la oración y la contemplación en el Espíritu, la Imagen del Apóstol y Sumo Sacerdote de la fe se vaya cincelando en nuestra existencia personal y eclesial.

Para Antonio Chevrier, la misión nace de manera existencial del conocimiento, amor y seguimiento de Jesucristo, tal como se nos presenta en el Testimonio Apostólico, consignado en las Escrituras y meditado en la comunión eclesial. La espiritualidad de Antonio Chevrier no es ya algo hecho que bastara aplicar a una situación determinada. Él busca que cada uno entre en el movimiento del verdadero discípulo y apóstol, cuyo modelo para él es San Pablo. Este no ha querido saber sino a Jesucristo y éste crucificado. Su existencia estuvo determinada por la experiencia creyente: Alcanzado por Cristo, le deja vivir, hablar y actuar en él. Esto supone que el verdadero discípulo se haga totalmente disponible al Espíritu, liberándose por la renuncia de su «yo», de sus «proyectos», de sus «tradiciones» sociales y religiosas, a fin de que el poder del

Resucitado se manifieste en él. Este dinamismo pascual, el verdadero discípulo lo desarrolla en el seno de la comunión y obediencia eclesiales.

La misión o tarea del guía es conducir hasta Jesucristo, que es el mismo ayer, hoy y siempre. Consiguientemente, el guía aparece como algo relativo e insignificante, sin las apariencias de los «modelos» o «maestros», pero, al mismo tiempo, posee una permanente actualidad y catolicidad. Una y otra vez nos conduce a la persona del Verbo Encarnado, a fin de que su imagen vaya tomando forma concreta e histórica en sus discípulos, mediante la acción del Espíritu. Para Antonio Chevrier sólo el Espíritu puede formar a Jesucristo en el discípulo, y sólo el Espíritu capacita al apóstol para engendrar nuevos discípulos por el Evangelio en el seno materno de la Iglesia. De ahí la imperiosa necesidad de estudiar todos los días a Nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio. «Véngase usted, escribe al sacerdote Gourdon once años después de su conversión, meditemos juntos estas cosas y las pondremos en práctica. Me doy cuenta de que tengo necesidad de alguien que comprenda al Salvador y que le ame. Oh, no, como dice usted en su carta, jamás volveremos a estar solos, seremos dos y Jesús será nuestro maestro; todo puede comprenderse con él, todo puede unirse en él, él es el lazo fuerte e inseparable que une los corazones verdaderamente deseosos de seguirle. Tomémoslo, pues, con nosotros; que él sea nuestro Guía, nuestro Jefe, nuestro Modelo en la pobreza, en el sacrificio y en la caridad».

Antonio Chevrier está convencido que «lo externo», aunque sean actos formidables de obediencia y humildad, si no nacen de lo interior, es decir, del Espíritu de verdad y amor, es engañoso y estéril. Por ello guía hasta la contemplación del Verbo de Vida en el Evangelio, en la Eucaristía y la vida eclesial de los pobres. Sólo de Jesucristo recibimos el Espíritu que nos capacita para representar su persona y prolongar su misión mesiánica en el aquí y ahora. (C.56)

Sobre la manera de hacer de Antonio Chevrier encontramos un ejemplo significativo, cuando aborda el tema de la renuncia a los bienes de la tierra. Como siempre nos conduce a la contemplación del Verbo Encarnado. A nosotros, el dejarnos conducir y poner en práctica las luces provenientes del estudio orante y contemplativo. «Y Nuestro Señor explica muy bien en dos palabras cómo debemos conducirnos con relación a las cosas de la tierra, cuando, hablando de las relaciones, de los bienes que él tiene con su Padre, de esta comunidad que existe entre él y su Padre, él dice: «Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío» (Jn. 17,10. Quien entre en este dinamismo teologal no cesará de sacar nuevas consecuencias, así como de ser creativo en el servicio del Evangelio.

*

* *

Para «nuestro guía», todo ha de nacer del conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Pero su instinto educador no le hace olvidar el otro polo, que interviene en la acción apostólica: los hombres, los pobres. Tampoco en este punto A. Chevrier cae en la

tentación de dar reglas sobre cómo hacer con los pobres. Su preocupación es estimular la creatividad y la originalidad que el anuncio del Evangelio da los desheredados de este mundo.

Quiere que el ministro o servidor del Evangelio vaya al encuentro de los pobres concretos y comparta con ellos lo más posible sus condiciones de vida. Seducido por el misterio de la Encarnación, «sale» al encuentro de los pobres y alejados para asumir sus vidas con actitud amical y fraterna. «El sacerdote según el Evangelio» vive la misión en el dinamismo del Siervo, del Enviado del Padre. Así escribe a los seminaristas de Roma: «amad mucho a los pobres, a los pequeños; no trabajéis para crecer y subir, trabajad para haceros pequeños y achicaros de modo que os coloquéis a la altura de los pobres, para estar con ellos, vivir con ellos, morir con ellos: y no temamos los reproches que los judíos hacían a Nuestro Señor: Vuestro Maestro está siempre con los pobres, los publicanos y la gente de mala vida. Es un reproche que debe enorgullecernos en lugar de avergonzarnos. Nuestro Señor vino a buscar a los pobres. «Me ha enviado a llevar la buena noticia a los pobres». (Cart.114)

A. Chevrier no busca hombres y mujeres para que perpetuasen sus obras o repitiesen una doctrina elaborada por él. Todo su empeño consistió en dar a la Iglesia sacerdotes y catequistas que, abrazando el camino del servidor pobre y humilde, se entregasen creativamente a la evangelización de los últimos. No quiere que repitan su manera de hacer sino el que sean testigos y representantes de Cristo en medio de los pobres. No busca un método de catequesis, sino que cada uno sepa hablar de Jesucristo y encuentre gozo en hacerlo. En la fe de la Iglesia cada catequista ha de hacer su propio catecismo, es decir, ha de comunicar la fe de la Iglesia, después de haberla hecho experiencia y concepto en la oración y el estudio incesante. La Tradición viva necesita de testigos y mucho menos de apóstoles.

*

* *

El clero secular está hoy buscando una espiritualidad. La encíclica Pastores dabo Vobis, por otra parte, urge a los sacerdotes a vivir con radicalidad el seguimiento de Jesucristo pobre, obediente y casto. Ambas intuiciones y aspiraciones han sido vividas por Antonio Chevrier en medio de los pobres de la Guillotiere. Él puede ser un guía para muchos de nosotros.

'El sacerdote secular no podrá realizarse en sus «relaciones» y «funciones» si no es en la medida que se deja configurar existencialmente por el Espíritu a Cristo, Apóstol y Sumo Sacerdote de la confesión de nuestra Fe (c. Heb.3, 1-4) . Esto supone que todo en él nace del conocimiento, de la contemplación, de la comunión. Ser sacerdote a la manera de los Apóstoles implica caminar con Cristo y como Cristo al encuentro de los hombres, a fin de inmolarse por ellos y de entregarse como pan de vida. Hoy, como ayer y siempre, el sacerdote está llamado a recorrer las etapas y dar los signos del Verbo

que asume y se entrega como pan de vida. Antonio Chevrier lo expresa bien, cuando dice: «El tema de mis continuas reflexiones es este Sacerdos aller Christus; debemos reproducir en toda nuestra vida la de Jesucristo, nuestro Modelo, ser pobre como Él en el pesebre, estar crucificado como él en la cruz para la salvación de los pecadores, y ser comido como él en el sacramento de la Eucaristía; el sacerdote es como Jesucristo un hombre despojado, un hombre crucificado, un hombre comido, pero para ser comido por los fieles, hay que ser un buen pan cocido por la muerte a sí mismo, bien cocido en la pobreza, en el sufrimiento y en la muerte, como el Salvador, modelo nuestro, entonces todo en nosotros servirá de alimento a los fieles, nuestras palabras, nuestros ejemplos, y nos consumiremos como una madre se consume alimentando a sus pequeños». (Cart.56).

El camino de la radicalidad evangélica no podía vivirlo solo. Necesitaba de otros discípulos del único Maestro. Si funda la Asociación de Sacerdotes del Prado, no fue para hacer una nueva congregación religiosa, sino para vivir las exigencias de santidad que entraña un sacerdocio vivido en el surco de los apóstoles. En el ejercicio del ministerio estamos llamados a seguir más de cerca a Jesucristo, a fin de hacerlo presente a través del testimonio de la palabra y de toda la existencia. Esta misma intuición la desarrollaría con hombres y mujeres que querían dedicar su vida a ser catequistas de los pobres. No hay seguidores de Jesús fuera de una comunidad de discípulos. No hay colaboración con la acción del Espíritu sin una comunidad de discernimiento. Tampoco puede haber carismas estables sin una familia espiritual. Ni pueden existir complementariedad y corresponsabilidad en el seno del Presbiterio, si faltasen caminos diversos y coincidentes de vivir las riquezas insondables del sacerdocio ministerial.

¡Que la lectura de esta breve biografía de Antonio Chevrier nos ayude a descubrirlo como un guía que nos lleva comunitariamente ante Cristo y ante los pobres! Su mensaje y servicio podría condensarse en estas tres palabras: «Conoce, ama y sigue». Entonces aprenderemos a ir de Cristo a los pobres y de los pobres a Cristo. He aquí el camino apostólico que nos propone nuestro modesto guía, siempre pronto a desaparecer a fin de que nada ni nadie nos quiten el privilegio del encuentro personal con Jesús y los suyos.

Antoni Brav Tisner

I

LLAMADA Y CONVERSION

En 1850, en la orilla izquierda del Ródano y frente a Lyon situada en la orilla derecha, se encontraba el pueblo de la Guillotiere. Este pueblo era uno de los suburbios populares de Lyon. En 1852 se integró en la ciudad de Lyon.

Nos encontramos, en este momento, en pleno desarrollo de la primera industrialización en Francia. De un pueblo de 7.000 habitantes en 1815, el suburbio de la Guillotiere contaba con 40.000 hacia 1850. En 1856, ese número se habrá duplicado. Bastan estas cifras para demostrarnos que en este suburbio nos encontramos en el corazón de una serie de problemas económicos sociales y políticos, planteados por la expansión industrial y la condición proletaria de la época.

El 28 de Mayo de 1850, un joven sacerdote de la diócesis de Lyon, Antonio Chevrier, ordenado tres días antes, era nombrado coadjutor de la parroquia de San Andrés de Gujillotiere. Esta parroquia había sido fundada recientemente, como consecuencia del rápido aumento del número de habitantes.

En Navidad de 1856, con toda seguridad en la noche del 24 al 25 de Diciembre, se produjo, para Antonio Chevrier, un acontecimiento decisivo, que lanzará a este hombre lejos del camino trillado. Conocemos este acontecimiento del todo interior por lo que ha dicho el interesado, que habló de ello sobria y discretamente. Conocemos también este acontecimiento por la orientación firme, decidida y concreta de la vida de Antonio Chevrier a partir de este momento. El mismo afirmaba que este acontecimiento era la causa del cambio de dirección ocurrido en su vida.

Algo nació el 25 de Diciembre de 1856. El mismo lo diría:

«Fue en San Andrés donde nació el Prado... » (P. II. 7).

Uno de los que recibieron directamente sus confidencias, Jean-Marie Laffay, declara:

«Decidió entregarse a Dios cuando meditaba sobre la Encarnación ante el pesebre del Niño Jesús. Yo me decía -continuó él-: El Hijo de Dios ha bajado a la tierra para salvar a los hombres y convertir a los pecadores. Y sin embargo ¿Qué vemos? ¡Cuántos sacerdotes hay en el mundo!. Los hombres siguen condenándose. Entonces me decidí a

seguir a Nuestro Señor Jesucristo más capaz de trabajar eficazmente por la salvación de las almas y mi anhelo es que vosotros también sigáis a Jesucristo de cerca» (P. II. 98).

Podemos decir, de una manera más concreta, que algo comenzó a gestarse en esta noche de Navidad, y que su nacimiento, su alumbramiento, hay que situarlo al terminar el año 1860, como veremos más adelante. (Cf. cap. IV).

Por tanto, en Navidad de 1856, algo nuevo comenzó. Aquel día, Antonio Chevrier, concibió el proyecto de vivir como un sacerdote según el Evangelio para responder a las inmensas necesidades apostólicas que veía a su alrededor. Dedicaría el resto de su vida a poner en práctica esta convicción.

Antonio Chevrier concibió un proyecto muy de él, pero que él atribuía mucho más a Dios que a sí mismo. Él dirá: El Prado es la obra de Dios:

«Si Dios ha hecho el Prado, ciertamente no fue para darme una propiedad de cien mil francos; ¿Qué iba a hacer yo con ellos? Todo lo he dado a Dios y no he pedido por herencia más que la Santa Pobreza; por tanto hay algo más. Pues bien ayudarme a hacer eso que pide el buen Dios, sobre todo esta obra de sacerdotes pobres para las parroquias» (L no 157 277).

Tal declaración es a la vez humilde y audaz. Humilde, porque diciendo esto, Antonio Chevrier se eclipsa ante Dios, al reconocer que su propia capacidad no estaba a la altura de realizar lo que ha hecho, audaz también, porque pretende discernir, identificar, la presencia y la acción singular de Dios. Esta humildad y esta audacia son imagen de la audacia de San Pablo:

«Porque yo soy el menor de los apóstoles, indigno de ser llamado apóstol, por haber perseguido la Iglesia de Dios. Mas, por la gracia de Dios, soy lo que soy; y la gracia de Dios no fue estéril en mí, pues he trabajado más que los demás; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo.» (1 Cor. 15, 9-10.)

Volvamos al acontecimiento interior de 1856. Si creemos al propio interesado, tal acontecimiento consistió en esto: Antonio Chevrier, por una gracia especial, fue introducido a un conocimiento más profundo de Jesucristo.

Diversos testigos aportan lo que han recogido a este respecto. Lo cuentan tal como lo han interpretado, y sus interpretaciones personales provocan divergencias o disensiones entre los testimonios. Podemos reconocer más autenticidad en unos que en otros.

Tomemos en primer lugar el testimonio de Marie Boisson, Sor Marie. Sencillo, comedido, lleno de sentido común, contrasta con el género literario adoptado por otros testigos que cuentan una especie de «leyenda dorada».

«Por lo que se refiere a las gracias y a los dones extraordinarios del Padre Chevrier, primero: nunca lo he oído hablar de ellos; segundo: me ha recomendado no desear gracias extraordinarias ni pedir las al buen Dios; en cambio he oído decir muchas cosas a ciertas personas, por ejemplo, que durante la noche de Navidad de 1856 había recibido luces muy particulares sobre el misterio de la Encarnación y él mismo fechaba su conversión en ese momento» (P. I. 152).

Poseemos, también, testimonios de sacerdotes que fueron los discípulos inmediatos del Padre Chevrier. Estamos seguros que les comentó ampliamente este punto, pues se trataba de personas a quienes quería comunicar su proyecto, su intuición con toda la fuerza. Jean-Marie Laffay, que nos transmitió las frases citadas (pl) añade honestamente:

«No se trata del texto exacto de la entrevista; siento no haberlo copiado inmediatamente, pero puedo garantizar que expresa lo esencial de su pensamiento.» (P II 98) (1).

Pero nos queda algo mejor que estos testimonios. Tenemos los escritos de Antonio Chevrier, en especial, el *Verdadero Discípulo*. Con este libro, en efecto, no ha querido expresar más que esto: Compartir con sus jóvenes discípulos con la gracia inicial que había recibido y manifestar que estilo de vida apostólica era fruto de esta gracia.

Podríamos recurrir, ciertamente, a escritos anteriores al Verdadero Discípulo. El primero es un reglamento de vida escrito en Diciembre de 1857 (R. 4). Este texto trata sobre todo de la *imitación de Jesucristo, nuestro modelo*. Se puede pensar que este reglamento está fuertemente influenciado por la predicación de un capuchino contemporáneo, ponía el acento en la vida de Jesús como modelo del ministerio sacerdotal (cf. Six 154, 55). A medida que Antonio Chevrier va expresándose de manera más personal, sin abandonar esta idea de imitación de Jesucristo, que encontraba en S. Pablo (cf. 1 Cor. 11, 1), prefiere poner en primer término la expresión: Seguir a Jesucristo. Por tanto, es legítimo recurrir al Verdadero Discípulo para tener un mejor entendimiento de lo sucedido en San Andrés el día de Navidad de 1856.

Hay tradicionalmente dos puntos de vista principales para considerar el misterio de Cristo:

Unos acentúan lo que podemos llamar la condescendencia de Dios y él «abajamiento» de Cristo. Centrando estos su atención en las humillaciones voluntarias del Verbo de Dios. En esta línea, en el tiempo de Navidad el objeto de la reflexión será sobre todo el pesebre, es decir, la pobreza humana en que nace el Hijo de Dios, el estado de la infancia al que ha querido reducirse, etc.

(1) Jean-Marie Laffay entró en la «escuela clerical» del Prado alrededor de 1871. Tenía entonces 10 años y pudo ver de cerca al padre Chevrier durante seis años.

Otros, por el contrario, contemplarán, más bien, la magnificencia de Dios y la gloria de Cristo. En Cristo, Dios-con-nosotros, contemplar la gloria de Dios que irrumpe en el mundo y la comunión con la naturaleza divina ofrecida a los hombres.

Está claro que los dos puntos de vista son inseparables, y la historia o los momentos de la vida de cada uno. Además, los textos del Nuevo Testamento insisten tanto sobre un punto de vista como sobre el otro.

Podemos pensar lógicamente que en la Navidad de 1856, Antonio Chevrier meditaba sobre todo el abajamiento del Verbo de Dios. Por un lado, estaba influido por el clima de la piedad occidental, que en los cantos y representaciones de la Navidad, se detiene en esta dimensión. Por otra parte vemos que, a partir de esa festividad, el coadjutor de San Andrés se decide a imitar más perfectamente el ejemplo de pobreza del Niño del pesebre.

Sin embargo, la realidad quizá no fue del todo así.

Introducido por la gracia de Dios a un conocimiento más profundo del misterio de Cristo, *con el corazón cautivado por el bello misterio de la Encarnación* (cf. L. 37. 49), concentra su atención en la divinidad de Jesucristo, sobre el hecho de Cristo Verbo de Dios, «Dios verdadero, nacido del Dios verdadero».

En la parte del Verdadero Discípulo dedicado al conocimiento de Jesucristo, la cosa está clara. Sólo en un pasaje da cabida ampliamente a la meditación de los «abajamientos» del Hijo de Dios, y lo titula: «Jesús es nuestro Rey». Ahora bien, hay indicios para pensar que este pasaje fue redactado aparte e introducido a continuación, sin modificar, entre los comentarios a los títulos de Jesucristo. Reconocemos sin embargo que el mismo padre Chevrier lo situó allí pero sea lo que fuere de este caso particular, lo cierto es que a lo largo de cincuenta páginas y de diversas maneras, nuestra atención es centrada en la divinidad de Jesucristo, en la Encarnación como manifestación, revelación de Dios-para-nosotros.

He aquí cómo se introduce el capítulo sobre la Divinidad de Jesucristo.

«Todo en Él nos prueba que es este Verbo eterno que viene a la tierra para manifestarnos el pensamiento y la voluntad de Dios» (VD 69).

Y he aquí como concluye el comentario a los títulos de Jesucristo:

«¡Oh Verbo! ¡Oh Cristo! ¡Qué hermoso sois, cuán grande sois!» (VD 108).

Antonio Chevrier no inventa palabras o expresiones nuevas para hablar de Jesucristo. Utiliza casi exclusivamente las palabras de la Escritura, complaciéndose en recogerlas como un coleccionista apasionado en su búsqueda. Para él, estas palabras son las que han provocado la experiencia interior que ha cambiado su vida y son las que mejor evocan esta experiencia, en gran parte inexpresable:

«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.
¡Oh inefable misterio! Dios está con nosotros...» (VD 62).

Hablamos de acontecimiento interior, de experiencia interior, de meditación; es preciso hablar de contemplación. No creamos, sin embargo, que esto se presenta necesariamente como un «tú a tú» con Dios. No tengo la intención de designar esta experiencia espiritual del «tú a tú». Tiene sin duda su función y su sentido en el designio de Dios, y es capaz de animar verdaderos hombres de Dios. Pensemos en Newman. Pero aquí las cosas se presentan de otra forma.

La experiencia de la Navidad de 1856 es la de un hombre ligado a un pueblo, de un pastor que siente la necesidad de comunicarse con su pueblo, de hacerse oír, y que El pone los medios para hacerlo.

«Debemos subrayar que la manifestación de nuestro pensamiento es una necesidad para nosotros, que no podemos vivir sin manifestar nuestros pensamientos. Nos es imprescindible, e incluso los mismos mudos encuentran los medios de manifestar sus pensamientos interiores.

El pensamiento no puede permanecer cautivo y encadenado, de lo contrario serían inútiles para nosotros y para los demás.

Pues bien, esta necesidad que tenemos de manifestar nuestros pensamientos, deseos y voluntad a los demás. ¿Quién nos lo da, sino Dios? |

Si Dios nos ha dado esta necesidad, que es buena ¿cómo es posible que El mismo no tenga la necesidad de comunicarse a nosotros que somos sus criaturas, criaturas inteligentes que ha formado a su imagen y semejanza? ¿Por qué nos habría creado a su imagen y semejanza y nos habría destinado a un fin sobrenatural si no hubiese tenido nada que decirnos y enseñarnos? Dios no ha podido crearnos inteligentes y formarnos a su imagen y semejanza y no comunicar nada a su criatura ni darle signos de su voluntad para con ella.

¿Qué diríamos de un padre que tiene hijos y les deja a su aire, sin manifestarles de algún modo su voluntad ni recordarles sus deberes? Sería indigno de un padre, y sería preferible no haber nacido que vivir en esa situación.

Dios ha tenido que hablar a los hombres y les ha hablado sin duda. Y les ha hablado por su Verbo, puesto que el Verbo es su pensamiento, su sabiduría» (VD 61-62).

Dios pues, ha gastado tiempo para hablarnos; pero, ¿será escuchado? A la acción de gracias emocionada del sacerdote de la Guillotiere, se mezcla una cierta angustia.

En primer lugar, sin duda, está la muchedumbre a la que no llega la palabra evangélica. Los que se encuentran más allá de los mares, pero también a dos pasos de la iglesia de San Andrés hay una masa de hombres que viven prácticamente en la ignorancia de Jesucristo.

«Si nos fuera posible ir por las casas, es decir, establecer salas o lugares de instrucción en los mismos domicilios de los fieles, y ahí reunir a la gente para instruirla, y dar conferencias religiosas; la gente no viene, hay que ir a buscarla» (VD 450)

También piensa en los que no quieren escuchar, o no quieren comprender (cf. Mt. 13, 14). Y entre éstos ¿No hay muchos de los habituales de la iglesia, sacerdotes o seglares?

«La palabra de Dios es tan elevada, tan pura, tan celestial, tan por encima de nosotros que, cuando la oímos, nuestras pasiones se sublevan y se revuelven contra ella, porque se encuentran en oposición directa con esta palabra, que las condena y destruye.

Nuestro corazón y nuestro espíritu gritan.

Nuestra pereza, nuestra avaricia, el amor al lujo, las comodidades, el orgullo, la búsqueda de sí mismo, de la propia satisfacción, todo esto se revuelve contra la palabra divina y la acusa de exagerada, de imposible; que el Evangelio es una locura y que no es posible practicarlo.

Entonces decimos que no hay que exagerar, que debemos ser prudentes, que el Evangelio sólo es bueno para unos pocos, para los santos, que es demasiado difícil llegar a él.

Entonces, escuchamos con precaución y reserva y con el pretexto de la prudencia, dejamos el Evangelio para seguir a nuestra propia razón» (VD 124).

Ya hemos dicho que el acontecimiento de la Navidad de 1856 es una experiencia interior. ¿Debemos entender que se trata de una experiencia limitada a la imaginación, a la sensibilidad y a las ideas? No; esta experiencia lleva consigo un compromiso de la voluntad, una decisión.

«El conocimiento de Jesucristo produce necesariamente el amor y cuanto más conocemos a Jesucristo, su hermosura, su grandeza, sus riquezas, más crece nuestro amor hacia Él y más intentamos complacerle y más rechazamos todo lo que no está de acuerdo con Jesucristo» (VD 115).

Estas son las consecuencias prácticas de la noche de Navidad de 1856. A partir de aquí podemos considerar el «abajamiento» del Verbo de Dios que «siendo rico, se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza» (2 Cor 8, 9) Antonio Chevrier se siente atraído hacia este proyecto de *seguir a Jesucristo más de cerca*, de llegar a ser *sacerdote según el Evangelio*, de convertirse en *verdadero discípulo*. Expresiones que son equivalentes. También llama a esto su *conversión*.

Nos contaba que su conversión, así gustaba de llamarla, provenía de una noche de Navidad pasada junto a un pobre pesebre, en la iglesia de San Andrés. Allí se impregnó de amor a la pobreza» (P IV 52).

El mismo hace una comparación con San Pablo:

«El que ha encontrado a Jesucristo ha encontrado el mayor tesoro.

Nada aprecia por encima de Jesucristo. Ya que Jesucristo lo es todo para él.

San Pablo lo expresa muy bien: lo que podía considerar, antes de mi conversión, como una ganancia, lo he tenido como desventaja por Jesucristo» (VD 114).

¿No será exagerado hablar de conversión? No. Es cierto que la conversión de Antonio Chevrier no tiene el tono dramático de la de Saulo, perseguidor de cristianos. Pero, así como en Saulo, el acceder a la fe provoca una transformación radical, el conocimiento de Jesucristo produce en Antonio Chevrier un profundo cambio de vida.

Hasta aquí este hombre era un buen sacerdote incluso un sacerdote excelente. Parecía estar en camino de ser, lo que se dice, un «sacerdote santo».

Es preciso recibir con prudencia los relatos de quienes nos hablan del coadjutor de San Andrés. A menudo se trata de testimonios indirectos y debemos conocer la tendencia al embellecimiento de tales recuerdos. Sin embargo, cuando nos hablan de su abnegación sin límites, no es pura invención. Se conservan datos del registro parroquial: por ejemplo, en 1854, el párroco preside un entierro, el otro coadjutor, 33 y Antonio Chevrier preside 125. Encontramos cifras análogas en cuanto a bautismos y matrimonios.

Se trata, pues, de un sacerdote extremadamente dedicado a su ministerio. Manifiesta también las cualidades que más tarde se le reconocerán: es bondadoso, acogedor, afectuoso, activo, está dotado de sentido común y de piedad, es generoso y desinteresado.

Pero todo esto no basta. Dios espera de él algo más y a partir de la Navidad de 1856, este buen sacerdote sabe que debe cambiar de vida. Con la transformación de su amor al pueblo al que es enviado, empieza un nuevo estilo de ser pastor, una nueva forma de ejercer la abnegación apostólica. Se trata pues, de una conversión.

En la práctica, ¿qué va a hacer? No lo sabe todavía. Con todo, una decisión está ya tomada. La iniciativa permanece en su interior, mas experimenta que ha franqueado una frontera irreversible:

«Habla, Señor, que tu siervo escucha. Señor ¿A quién iré? Tú tienes palabras de vida eterna.

Tú eres mi luz, tú eres mi camino, mi vida, mi sabiduría y mi amor.

Yo te seguiré, Señor, a donde vayas.

Estoy dispuesto a morir contigo, daré mi vida por ti.

Iré a la cárcel, a la muerte.

Tú eres mi rey, mi guía y mi maestro.

Señor, si necesitas un pobre, aquí me tienes. Aquí estoy, oh Jesús, para hacer tu voluntad, soy todo tuyo» (VD 122).

II PREPARACION

Todos los acontecimientos, incluso los más imprevistos, vienen preparados por la sabiduría de Dios.

Puede haber una preparación interior para un momento de gracia excepcional, como el de la Navidad de 1856. Y Antonio Chevrier lo sabe bien (cf. p. (20) VD 119).

Pero hay otro tipo de preparación, por la influencia de circunstancias exteriores. La mentalidad moderna nos subraya la importancia de estos datos exteriores: ambiente social y familiar, corrientes de pensamiento, acontecimientos políticos, clima religioso, etc.

Antonio Chevrier no se ha preocupado de reflexionar sobre este tipo de preparación. No le presta atención, aunque tampoco lo niega. Pensaba, sobre todo, en las rupturas necesarias para ir más allá, unas rupturas con lo que hasta entonces le había formado, condicionado, inspirado.

«Vemos con claridad que, para convertirse en su verdadero discípulo, es necesario primero:

renunciar a la familia y al mundo,

renunciar a sí mismo,

renunciar a los bienes de la tierra, luego, cuando uno ha renunciado a todas estas cosas, es necesario tomar su cruz y seguirle en todas las virtudes evangélicas»

(VD 134).

Estas líneas, sin embargo, no nos deben engañar. No se trata de oponerse por principio a todo lo que había recibido. Ni de rechazar todo lo que había pensado y realizado. Sólo buscaba la libertad para responder a la llamada de Dios con toda simplicidad. Ahora bien, el oponerse por principio al pasado, hubiera significado justamente, una traba más para la libertad. Su decisión era, simplemente, romper los lazos que le impedían responder a aquella llamada. No quería ahogarla siendo un razonador.

«Cuantos razonamientos hubieran podido hacer los santos que han seguido el camino del Evangelio, para impedirles entrar en un camino tan perfecto, tan elevado, tan difícil para la naturaleza y si se hubiesen dejado llevar por ellos, nunca hubieran llegado a santos.

Nuestro Señor tenía mucha razón cuando dijo: Si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos. Es decir: si os dejáis guiar por razonamientos humanos, si consultáis a vuestros razonamientos, al mundo, a vuestras ideas, a vuestras pasiones, nunca escucharéis mi palabra, ni la pondréis en práctica, porque mi palabra viene de arriba y vuestros razonamientos vienen de abajo.

Yo soy de arriba vosotros sois de abajo, decía:

Por tanto, si Él es de arriba dejáos conducir con sencillez y no queráis poner os a su nivel, ya que está por encima de nosotros y no rebajemos su doctrina con nuestros pequeños razonamientos».

El razonamiento es el que mata al Evangelio y quita al alma el impulso que nos llevaría a seguir a Jesucristo y a imitarle en su belleza evangélica.

Los santos no razonaban tanto y porque hay tantos razonadores hay tan pocos santos. No tengamos miedo. No lite timere (no tengáis miedo) soy yo ¿Y si fuera necesario marchar sobre el mar como Pedro, no hubiese que ir hasta Jesús si nos dice como a Pedro: «VEN» (VD 126 127).

Nos será útil echar una mirada al pasado del P. Chevrier para descubrir tanto una providencial preparación como una serie de rupturas que eran necesarias.

Antonio Chevrier nació en Lyon el 16 de abril de 1826. Fue bautizado al tercer día en la iglesia parroquial de San Francisco de Sales.

Es fácil situar a la familia Chevrier en la sociedad de su tiempo. El padre, Claude Chevrier, y la madre, Margarite Fréchet, eran artesanos del ramo de la seda. Se trata de personas que siguen siendo bastante populares en cuanto a su cultura, que aunque son trabajadores manuales no son obreros y quieren acercarse a la burguesía. Hay que saber también que en la industria de la seda, los obreros son mejor considerados que en las nuevas industrias que forman el incipiente proletariado del barrio de la Guillotiere.

Menos fácil es saber cuál era la vida religiosa de esta familia. Sólo tenemos un dato que atrae la atención: Antonio Chevrier nació el 16 de abril, día de Pascua y el matrimonio de sus padres está registrado el 13 de enero del mismo año. Quizá esto manifieste una cierta indiferencia hacia el acto religioso del matrimonio, aunque no hay otros datos que refuercen esta suposición. Es difícil llegar a una conclusión definitiva.

Todos los indicios hacen suponer que Claude Chevrier dejaba a su mujer la dirección de los asuntos domésticos, incluida la educación de su único hijo. De carácter suave y bondadoso, el padre murió en 1866, mientras que su esposa, incluso

sobrevivió al hijo hasta 1886. Es lógico por tanto, que se haya hablado mucho más de ella.

Margarita, la «madre Chevrier», como la llaman ciertos testigos, era cristiana. Sin embargo, lo que más se recuerda de ella, no es su fe o su piedad, sino su entereza en el trabajo, su sentido de la economía. Mujer autoritaria, madre dominante, educó a su hijo con severidad. ¿De dónde provenía esta severidad? ¿De una tradición familiar? ¿De remordimientos por el pasado? ¿O, sencillamente, de su propio carácter? Dejémoslo a un lado. Subrayemos, solamente, que la educación de Antonio Chevrier estuvo marcada por su rigorismo moral.

Antonio Chevrier siguió la enseñanza primaria con los hermanos de la Doctrina Cristiana de su barrio hasta la edad de catorce años. Fue entonces cuando un coadjutor de San Francisco le propuso ser sacerdote y el muchacho, aceptándolo de buen grado, frecuentó la escuela «clerical» de la parroquia de 1840 a 1843.

Esta nueva orientación de su hijo no agradó seguramente a Margarita Chevrier. De todos modos consintió en ello, y, después de tres años de externo en la escuela «clerical», Antonio Chevrier ingresó como interno en el seminario diocesano de l'Argentiere, situado en el campo en las montañas del macizo Lyonnais.

Durante sus estudios secundarios no hay en él aspectos sobresalientes. La capacidad intelectual del joven Chevrier se consideraba suficiente, mas sin llegar a ser un alumno brillante. Llevaba mejor las ciencias físicas y matemáticas que las asignaturas de letras.

Del seminario de l'Argentiere pasó al Seminario Mayor de Teología de Lyon, de 1846 a 1850. En este período Antonio pensó ingresar en la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. Había mucho interés por las misiones en esta época. La madre se opuso resueltamente al proyecto de su hijo. La renuncia de éste a su idea, ¿fue debida a la oposición materna o bien fue a causa de los consejos de sus superiores? Es difícil saberlo. Pero a esta primera escaramuza entre madre e hijo le seguirían muchas más. Nunca aceptó Margarita Chevrier la orientación de una vida evangélica que su hijo siguió a partir de 1856; más bien insistió en contrariarlo, por lo menos con sus estallidos de mal humor. Cuando comentaba Antonio la palabra evangélica: «el que quiera seguirme y no odia a su padre y a su madre... no puede ser discípulo mío» (lc. 14,26) hablaba por experiencia.

«Los padres pretenden siempre conservar ciertos derechos sobre sus hijos cuando son sacerdotes.

Puesto que no son monjes, sino sacerdotes en el mundo, creen que siempre pueden aconsejarles, conducirles, tenerles con ellos, darles consejos, y siendo sus consejos tan terrestres, que procuren no cansarse demasiado, que se preocupen más de sí mismos,

que no se tomen tan en serio las cosas, estos consejos perjudican siempre, tanto al bien de las almas como a sus propios hijos, inspirándoles la negligencia.

«Debemos odiar a nuestros padres y madres es decir, no tener miedo a causarles pena en ciertas circunstancias por ir directamente en contra de sus ideas, cuando se trata de la gloria de Dios y de la salvación de las almas.

Lo que nos frena a menudo en nuestras decisiones es el miedo a causarles pena, el disgusto que nuestra conducta les pueda ocasionar: si hago tal cosa ¡cómo van a disgustarse! Dirán: ya no nos quiere, ya no está de nuestra parte, nos abandona; es un ingrato.

Es precisamente esta la ocasión de vivir la palabra del Divino Maestro y comportarse como si no se los amara, como si se les abandonara, si bien se les ama muy sinceramente.

El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí. En estas circunstancias pareceremos crueles y deberemos luchar contra los sentimientos naturales y poner en práctica las palabras del Maestro: odiar a su padre y a su madre.

Debemos tener siempre una gran libertad de acción en todo lo que concierne al servicio de Dios y a la salvación de las almas» (VD 152).

Para apreciar las cosas en su justa medida, no olvidemos que el autor de estas reflexiones, se llevó a su madre a vivir con él en el Prado cuando quedó viuda.

La ciudad de Lyon y su región fueron escenario de las luchas obreras de la época, luchas armadas y sangrientas como en 1831 y 1834. Antonio Chevrier era joven aún. Pero en 1848, cuando estalla una nueva revolución, tiene ya veintidós años y asiste de lleno a los acontecimientos.

El rey Luis Felipe fue obligado a abdicar y a huir el 25 de febrero. Se proclama la República y, según la tradición de la Gran Revolución, se organizan clubs populares. En Lyon se instala uno en el Seminario Mayor. Así los seminaristas tienen ocasión de ver de cerca a los obreros que se reúnen a menudo en una sala de la casa. Más tarde lo recordará el joven estudiante de teología.

«El Padre Chevrier nos hablaba algunas veces de los hombres de nuestro tiempo de los obreros de la ciudad: nos hablaba de ellos con afecto y aprecio. Decía que la gente del pueblo no era mala, que sencillamente estaban engañados y que si se les sabe amar, se hace con ellos lo que se quiere. Nos citaba el ejemplo de los hombres de 1848, que, en medio de una revolución, en lugar de ser hostiles a la Iglesia, guardaban un gran respeto para con las cosas de la religión y pedían a los sacerdotes que bendijesen los

árboles de la libertad. Estos acontecimientos que había presenciado en el Seminario Mayor, le habían dejado más bien una impresión favorable» (P II 138).

En efecto, Antonio Chevrier manifestará desde entonces, tanto con su actitud como con sus palabras que no tiene miedo del pueblo, incluso del pueblo encolerizado y esto veinte años después del levantamiento de la «Comuna» (cf. p. 50 L 32, n. 59).

En este punto, es muy distinto del conjunto del clero de su época dominado casi siempre, según parece, por el miedo que permanece tenazmente desde la Gran Revolución de 1789. No sólo no tiene miedo sino que incluso se atreve a encontrar ventajosas las expoliaciones operadas por los revolucionarios:

«La primera cosa que hacen los revolucionarios es despojarnos, empobrecernos ¿No será que Dios nos quiere castigar por nuestro apego a los bienes de la tierra y forzarnos así a practicar la pobreza, ya que no queremos practicarla voluntariamente?

A veces es bueno que esto suceda, puesto que nos dormiríamos en nuestra riqueza y bienestar y ya no nos ocuparíamos de las cosas de Dios».

Los historiadores nos dan noticia de la formación que se daba al clero en esta primera mitad del siglo XIX. Se menciona la mediocridad, incluso la insuficiencia, de los estudios de filosofía y teología. Se denuncia también las deformaciones de un clero «concordatario» que, en general, permanece ciego ante la situación dominante de esta época: la constitución y el crecimiento de un proletariado obrero al margen de la sociedad y de la iglesia.

Todavía estamos sufriendo las consecuencias de esta ceguera, pero, precisamente porque llevamos este peso tendemos a dibujar una figura caricaturesca e inexacta del sacerdote de esa época. Olvidamos que en una diócesis tan urbana como era la de Lyon, había muchos sacerdotes rurales que todavía podían vivir muy cerca de sus feligreses.

Solemos también olvidar que, ante la miseria obrera, muchas veces se levantaron para protestar contra esta explotación del hombre por el hombre, que especula con sus semejantes como con simples animales o como agentes o instrumentos de producción; que calcula fríamente hasta qué límites se puede ir aumentando su trabajo sin que caigan aplastados por el peso; que recoge gota a gota el oro que pueden proporcionarle los ríos de sudor...» El que así habla es el arzobispo de Cambrai, Monseñor Giraud, en 1845. (Citado por P. Drouler *El Episcopado ante la cuestión obrera en Francia bajo la monarquía de julio* -Revue Historique, abril-junio 1963 p.346). El arzobispo constata en su diócesis la forma de desarrollarse el crecimiento industrial de la región norte.

El arzobispo de Lyon, cardenal de Bonald, en febrero de 1848 reclama en favor de los obreros «el reinado de la justicia sin doblegar nunca las reglas ante intereses sórdidos». Este obispo, nacido en una familia monárquica de cierta categoría, se atreve a manifestar su esperanza en una mejora de la condición obrera, al instaurarse la Segunda República: «Hay que esperar, que por fin, se manifieste un interés sincero y eficaz para con la clase trabajadora». (P. Droulers, artículocitado, pág. 350)

Sin embargo, estas primeras manifestaciones contrastan terriblemente con el silencio que siguió a la tentativa de insurrección popular de junio de 1848.

«No conocemos lo que pensaba Antonio Chevrier del aplastamiento del movimiento obrero por la fuerza armada, pero sí sabemos que permanecerá inclinado a ser un amigo del pueblo, y no alguien que le tiene miedo» (VD 316).

La Iglesia de Francia conoció, en el siglo XIX, una renovación de la catequesis. Se dice que el superior del Seminario Mayor de Lyon se preocupaba de suscitar en los futuros sacerdotes el gusto para enseñar el catecismo, y para ello les inducía a manejar mucho la Biblia. Es lógico pensar, pues, que Antonio Chevrier recibió durante este tiempo ciertas orientaciones pastorales, que le fueron útiles siempre. Nunca se le oye criticar la formación doctrinal y pastoral que había recibido.

Sin embargo, critica abiertamente, aunque con cierta discreción, la influencia del seminario en cuanto llevaba a una vida aburguesada. Años más tarde escribe, dirigiéndose a sus seminaristas:

«Cómo se acostumbra uno rápidamente a la vida de los burgueses y que difícil es volver atrás, cuando se le ha tomado el gusto y se ha entrado en ella. Experimento hoy cuán difícil será destruir lo que ya está arraigado en los espíritus de nuestros curas jóvenes y de nuestros niños» (cf. p. 57 L n. 82) (L 58 n. 83).

«Vivir como burgueses no consiste únicamente en tener: «una buena mesa, salones y muebles lujosos, subir en carruajes, tener vestidos elegantes» (VD 321 n. 1).

Se trata también de un tipo de comportamiento, una preocupación por la dignidad mal comprendida, que aleja a uno del pueblo:

«Evitemos todo este aparato, este ceremonial propio de los ricos y burgueses, comamos como los viajeros y los pobres (VD 188).

En una charla amigable con los seminaristas del Prado, que estaban de vacaciones, les declara:

«En el seminario os han recomendado guardar la dignidad eclesiástica. Y es verdad, el sacerdote debe ser digno. Pero hay dos clases de dignidad. Sería contrario

a la dignidad jugar en una plaza como los niños, pero no es contrario a la dignidad servir a los pobres, en la calle, por ejemplo empujando una carreta» (P II 166).

El seminarista Antonio Chevrier ¿Se había dado cuenta, quizá, de que su paso por el Seminario ponía en peligro el estilo de vida, el modo de hacer del ambiente popular al que pertenecía su familia? ¿O lo percibió más tarde, cuando quiso entrar de nuevo en aquel ambiente? No lo sabemos. Lo cierto es que le hizo sufrir la constatación de que para formar buenos sacerdotes, parecía obligado dar un estilo y una mentalidad burguesa a muchachos de origen popular.

El 25 de mayo de 1850 Antonio Chevrier recibe la ordenación sacerdotal de manos del Cardenal de Bonald, arzobispo de Lyon. No sabemos lo que experimentó entonces. Sólo nos queda una carta que escribió durante los ejercicios preparatorios, en la que agradece el regalo que le hizo una prima suya. El tono de esta carta es muy convencional. Hay también algunas notas que tomó durante los Ejercicios. Se trata, quizá, de reflexiones personales, pero pueden ser también la reproducción de las palabras pronunciadas por un predicador.

Buscando en el «Verdadero Discípulo» no encontramos eco alguno de lo que significó para él la liturgia de la ordenación. Esto causa una cierta sorpresa: el autor de un libro de unas quinientas páginas sobre el sacerdocio no habla de la ordenación y de la gracia que ésta aporta. No había llegado, ni de lejos, el tiempo de la renovación litúrgica, que se incubaba únicamente en algunos monasterios.

No obstante, Antonio Chevrier creía, obviamente, cómo todos sus compañeros, que, recibiendo la ordenación, se depositaba en él una gracia particular para el servicio de los hombres y lo creyó hasta el fin. Pero, aunque es sacerdote realmente a partir de su ordenación, le queda todavía camino que recorrer para llegar a ser *sacerdote según el Evangelio*.

Inmediatamente después de su ordenación, Antonio Chevrier es nombrado coadjutor de la parroquia de San Andrés de la Guillotiere. Ya hemos visto cómo era el suburbio de la Guillotiere. No vamos pues a alargarnos en su descripción. Sólo vamos a fijarnos en los datos de más relieve para nuestra historia.

El joven coadjutor pone manos a la obra, con una entrega total, lo cual no deja de gustar a sus colegas, el párroco y el otro coadjutor. La orientación pastoral de Chevrier es muy apostólica. Los sermones que redacta en esta época dan fe de ello. Intenta organizar una agrupación para jóvenes. Es generoso con los pobres y entregado para con los enfermos.

Descubre sobre todo que la mayor parte de la población del barrio vive muy alejada de la Iglesia, desligada de la comunidad de los que frecuentan la parroquia. Sin embargo, muchas de estas personas conservan algunas tradiciones religiosas y tienen

algún contacto con el sacerdote con ocasión del bautismo, la boda o el funeral. Estos encuentros ocasionales son difíciles. Antonio Chevrier conoce la ignorancia religiosa de 105 que vienen a la iglesia de cuando en cuando, pero no parece plantearse mucho el valor cristiano de estas peticiones de bautismo o matrimonio. ¿Tienen fe los que solicitan estos sacramentos? ¿Qué sentido dan a estos actos? Estas cuestiones no parecen preocupar al coadjutor de San Andrés. Lo que más le afecta es el asunto del dinero, que siempre se mezcla con estos encuentros; se da cuenta de las críticas del pueblo y le hacen sufrir.

«Los fieles que tienen fe comprenden esta obligación (colaborar económicamente) para con el sacerdote y dan al que ha cumplido una función sagrada, sin más problemas.

Pero ¿Qué vais a pedir a los alejados, a los que ya menosprecian al sacerdote que le consideran un avaro y un hombre que vive bien, a gente que sólo se acerca tres o cuatro veces a la iglesia en su vida: en algún bautismo, boda o funeral y que, cada vez que vienen a la iglesia escuchan de la boca del cura o del sacristán: Debéis tal cantidad; y eso con autoridad y exigencia?

Este modo de obrar sólo consigue alejarles más de la iglesia, y se marchan blasfemando y criticando a la religión, llamándola religión del dinero. Lo cierto es que muy poca gente ofrece dinero de buena gana a los curas. Ordinariamente la gente se despide con palabras injuriosas» (VD 315).

Y el padre Chevrier compara la vida que lleva en la casa rectoral con la de aquellos a los que se ve obligado a pedir dinero.

En la casa rectoral se come bien, mejor que en las de los trabajadores de la Guillotiere:

«¿No deberíamos avergonzarnos de ir mejor cuidados, mejor alimentados que los demás? ¿De tener nuestra mesa repleta de alimentos bien sazonados, bien preparados, mientras que los demás apenas tienen lo necesario?

En la casa rectoral uno puede permitirse el lujo de estar ocioso:

«Si hay un hombre sobre la tierra que parece no hacer nada. Es el cura. Es verdad que su trabajo es de carácter espiritual y no siempre se palpa, pero también es verdad que a menudo se le ve desocupado o pasando el tiempo inútilmente. Es tan cierto eso que al salir para una actividad seria, siempre encuentras alguno que te suelta a bocajarro: Buenos días, señor cura, ¿Va usted de paseo? o bien ¿Viene de pasearse? Como si uno estuviese paseándose todo el día. Esta es la reputación que tenemos en el mundo: Pasearnos, perder el tiempo. Qué triste reputación. Qué pena. Si nos vieses menos por las calles y las plazas, comiendo en casa de unos y de otros, o en visitas inútiles y en cambio nos preocupáramos, de hacer buenas obras, si predicáramos más a menudo para atraer al mundo con nuestra fe y nuestra caridad, no nos preguntarían tan a menudo, si vamos de paseo.

El sacerdote, más que nadie, debe trabajar toda la jornada, así como los carpinteros, los ebanistas, los agricultores, los sastres, etc.

Toda esta gente trabaja el día entero y a veces incluso de noche para ganar el pan para ellos y su familia, y en cambio el sacerdote tiene una vida menos dura que los demás, cuando su misión es sin duda más elevada.

¿No es quizá porque el sacerdote no ha trabajado o ha trabajado mal, por lo que el campo del Padre de familia se encuentra en tan mal estado? ¿Y que nuestros obreros han caído en la ignorancia y ahora se revuelven contra nosotros?» (VD 189).

El sacerdote vive en una casa confortable. La gente del pueblo que va a verle, lo señala. Antonio Chevrier quisiera

«Eliminar todo lo que huele a burgués, el bienestar, la comodidad; al entrar en vuestra casa nadie debería poder decir: Qué bien vive, ¡no está mal! Es necesario que pueda decir ¡Sufre!» (VD 291).

En resumen, el coadjutor de San Andrés comprende que está considerado como un «Señor» y por tanto es un extraño para la mayoría de la gente del barrio. Pero un acontecimiento excepcional lo va a poner al servicio del pueblo de un modo gratuito y con una proximidad máxima: Se trata de las inundaciones de mayo de 1856.

Todavía hoy podemos ver en las márgenes del Ródano los letreros que señalan la altura máxima de las inundaciones provocadas por el río. La de 1856 es todavía más alta. Fue una verdadera catástrofe para la Guillotiere. Antonio Chevrier fue uno de los más activos entre los que intervinieron en el salvamento de personas. Se le vio enfrentarse con el peligro. De ahí empezó a gozar de cierta popularidad. Sólo se trata sin embargo de lo exterior.

Interiormente le sucedía algo mucho más importante, la compasión fraterna que empujaba a Antonio Chevrier a la acción, le predisponía también a recibir una sobreabundancia de caridad apostólica. La compasión, escribirá más tarde.

«Es el fundamento de la caridad.

Es el primer sentimiento que debe ocupar nuestro corazón al ver a alguien que se encuentra en la desgracia. El que permanece frío, insensible, ante las desgracias es incapaz de tener caridad» (VD 419).

Algunos meses más tarde sucedería la conversión de la Navidad de 1856. Se adentraba en un nuevo camino.

III

DISCERNIMIENTO

A partir de la Navidad de 1856, Antonio Chevrier se persuade de que la llamada de Cristo «ven y sígueme», se dirige a él bajo nuevas formas. No le basta continuar haciendo lo que ha hecho hasta aquí.

Ahora bien, hasta este momento ha intentado, simplemente, hacer a conciencia lo que hacían el resto de colegas de su diócesis, viviendo en las mismas condiciones que ellos. Si se siente llamado a hacer algo distinto, a vivir de otra forma, se verá obligado a singularizarse. Pero el carácter de Antonio Chevrier no le empuja a ello, más bien al contrario.

«Prefiere "estar en un pequeño rincón desconocido, ignorado", no le gustan los gestos extravagantes. Lo que desea es encontrar una cierta seguridad en su camino, pues este hombre, es prudente y realista» (L 146 n. 253).

Habría una solución muy sencilla y que podría satisfacer a su temperamento prudente y discreto: le bastaría entrar en una orden religiosa. La Revolución Francesa había eliminado las órdenes religiosas y el concordato de 1802 sólo se había ocupado de restablecer el clero secular. Pero lentamente fueron apareciendo nuevas instituciones y se reconstituyen las antiguas órdenes, bajo el impulso de personalidades como Lacordaire restaurador de los dominicos de Francia.

Precisamente los dominicos y los capuchinos acaban de implantarse en el barrio de Brotteaux cerca de la parroquia de San Andrés y Antonio Chevrier ha escogido como confesor habitual a un capuchino de su edad, el padre Bruno.

Pero la gente de la Guillotiere ha ocupado un lugar tan importante en su vida y en su conversión, que no puede dejarla de lado al plantearse nuevos proyectos. Experimenta muy profundamente lo que dice de Cristo:

«Su corazón sufre viendo a las ovejas sin pastor» (VD 479).

Por tanto, no puede alejarse de esta muchedumbre de pobres, al contrario, quiere acercarse más a ellos. Piensa que el sacerdote, el «simple sacerdote», como se decía entonces, el sacerdote diocesano como se dice hoy.

«El sacerdote está hecho para vivir en medio de la gente» (VD 121 n. 1).

mientras que la vida de los religiosos, tal como la ve o se la representa en aquel tiempo, no corresponde a su búsqueda, intenta vivir un estilo de vida sacerdotal, que más tarde definirá así:

«Sacerdotes pobres para las parroquias» (cf pp. (33) y(49)L157n.277).

Todo ello no le va a impedir aceptar una cierta influencia de los religiosos, sobre todo de la familia de los franciscanos. Ingresará en la Orden Tercera en 1859, durante su primera estancia en Roma. Pero presiente que su búsqueda tiene algo de original, de inédito. En este momento un hombre le va a dar ejemplo rompiendo, sin miedo, con su origen burgués para vivir con el pueblo. Se trata de un seglar de 34 años Camille Rambaud.

Queda una cuestión controvertida: ¿El encuentro de Antonio Chevrier con Camille Rambaud fue en junio de 1856 o en junio de 1857? Los testimonios históricos pueden interpretarse en los dos sentidos, pero lo cierto es que este encuentro coincidió, con una diferencia de seis meses, con la noche de Navidad de 1856 y que el ejemplo de este seglar removi6 profundamente al coadjutor de San Andrés.

Camille Rambaud era un burgués de Lyon que había trabajado con un fabricante de seda del cual pronto se convirtió en socio. En esta primera época, sus convicciones religiosas no parecen haber sido muy sólidas, pero se trata de un hombre generoso y preocupado por la miseria de los obreros; había recibido influencias del socialismo utópico. Más tarde, su fe cristiana se afirma y clarifica, y decide cambiar la vida. Abandona su situación profesional y se dedica a enseñar el catecismo a los niños pobres y abandonados, llegando a fundar lo que él llama «la ciudad del Niño Jesús», después de las inundaciones de mayo de 1856. Otro joven burgués, con una evolución semejante, comparte esta tarea.

Antonio Chevrier se sorprende vivamente al ver a unos hombres que se han hecho pobres con los pobres. No han dejado el vestido burgués para ponerse el sayal franciscano, sino que han adoptado la gorra y la blusa de los obreros y han ido a alojarse en medio de los trabajadores de la orilla izquierda del Ródano. François Haour, el otro coadjutor de San Andrés manifestó que, después de encontrarse por primera vez con Camille Rambaud, Antonio Chevrier decía: «He visto a Juan en el desierto». Este encuentro confirma una convicción que permanecerá inquebrantable.

«No debemos pensar que porque tenemos vestidos y abrigos elegantes, bonitas casas, muebles y ornamentos, vamos a atraer a la gente y ganar su confianza. No, lo que atrae es la virtud.

Si estas cosas exteriores hubiesen sido necesarias, Nuestro Señor Jesucristo las habría utilizado sin duda; pero no: las ha rechazado del todo. Por casa tuvo un pesebre; por cama, un poco de paja; sus padres fueron gente humilde y murió en una áspera cruz. Y decía: «cuando sea elevado en la cruz, atraeré todas las cosas hacia mí».

No es, pues, por el lujo y la grandeza por lo que ha atraído al mundo, sino por el sufrimiento y la pobreza.

¿Acaso los santos han empleado otros medios?

San Juan Bautista en el desierto no llevaba más que una piel de camello sobre sus hombros y un cinturón de cuero en su cintura, y toda Judea se acercaba a él.

San Francisco de Asís, que andaba descalzo y con un saco a las espaldas, ¿acaso concedía importancia a esas frivolidades? Y sin embargo, ¡cuántas almas llegó a atraer! y llegó a contar, ya antes de su muerte, con diez mil religiosos que siguieron su estilo de vida.

Es la virtud lo que atrae a las almas y gana los corazones para Dios. Los hay que hablan de dignidad, de categoría social, y con esta sutil excusa creen rebajarse y envilecerse haciéndose pobres, viviendo como un pobre, relacionándose con los pobres, vistiendo como un pobre y haciendo igual que los pobres.

Consideran una deshonra tomar el aspecto de un pobre, y sin embargo es lo que hacía Nuestro Señor.

El se hizo pobre y esto era precisamente lo que le reprochaban los fariseos cuando decían a sus apóstoles: Vuestro Maestro siempre anda con los pecadores y publicanos» (VD 296-297).

En este período de discernimiento, recibió también la influencia de Jean Marie Vianney, cura de Ars. A partir de enero de 1857, Antonio Chevrier va a consultar a este hombre renombrado por su perspicacia sobrenatural y vuelve más animado de este encuentro. No vamos a insistir en la conversación que tuvo lugar entre los dos hombres. No tenemos testimonios directos. Esta relación terminó pronto, ya que el santo cura murió el 4 de agosto de 1859. Parece que éste le insistía en el abandono en manos de la Providencia. Nada más verosímil, y el consejo fue puesto en práctica enseguida:

«... no queremos dejar ni fundaciones, ni rentas, ni bienes. Si sois santos, no necesitáis de todo eso y tendréis más de lo que desearíais; pero si no conseguís la santidad, no tendréis nada y será bien merecido, pues no sabríais hacer el uso debido de las cosas. Vale más que las instituciones perezcan si no contribuyen a la gloria de Dios y no tienen el espíritu de Dios» (VD321 n. 1).

Sin embargo, junto al cura de Ars, Antonio Chevrier no encontró sólo consejos. Chevrier no consideró a esta persona, por muy célebre que fuera, un oráculo divino.

Otras personalidades menos célebres fueron también objeto de su consulta, y quizá hizo más caso de los consejos de éstos. Pero, al igual que en Camille Rambdaud, encontró en Jean Marie Vianney un ejemplo, y en este caso, el ejemplo procedía de un sacerdote.

El joven coadjutor de la Guillotiere encuentra encarnados algunos aspectos de su idea en este viejo cura rural. El cura de Ars se comporta como un sacerdote pobre en su parroquia, con entera libertad, sin doblegarse a conveniencias ni formalidades.

«Qué bello y edificante es el ejemplo del pobre cura de Ars atravesando la plaza con su escudilla de sopa, comiendo mientras iba a visitar a su enfermo.

No tenía tiempo ni de comer, tal como cuenta el Evangelio de los mismos apóstoles: Comían mientras trabajaban de camino, tal como hacen los pobres, y convertían a más pecadores obrando así que comiendo en una buena mesa, puesto que este ejemplo impresiona más que otros, ya que el mundo está tan inclinado a buscar la satisfacción en este aspecto.

El buen cura de Ars se hacía hervir una olla de patatas, que comía con el pan mientras duraba esta provisión; incluso había intentado comer la hierba de los campos.

Compraba el pan de los pobres, mendigado de puerta en puerta, y les daba el suyo propio, para tener la dicha de comer como los pobres» (VD 189).

«Más vale el desorden con amor, que el orden sin amor».

«Es lo que expresaba el cura de Ars, con una cierta picardía, al hablar de las niñas recogidas en su providencia, educadas según estos principios, porque la joven Catalina no conocía los métodos de disciplina, y hablando de este estilo de vida y comparándolo con las nuevas formas introducidas en su providencia una vez que le obligaron a dejar el mundo, decía que le gustaba más su pequeño «tenderete» de antes.

Es decir, que, mientras él la dirigió, las niñas obraban al ritmo del corazón y no de la campana, se le acercaban, le querían, y llevaban una vida de familia y no de cuartel» (VD 223).

Antonio Chevrier retuvo sobre todo este ejemplo de vida. No se trata de hacer de él un fervoroso discípulo o un hijo espiritual del santo cura de Ars, como ciertos admiradores han estado tentados de hacer. Jean Marie Vianney era un campesino convertido en cura rural. Antonio Chevrier ha nacido en la ciudad y vive en un gran suburbio. Como persona muy observadora de la realidad, llegará a opciones pastorales diametralmente opuestas a las del cura de Ars. Es sabido que, cuando se trataba del culto litúrgico, Vianney no encontraba nada suficientemente hermoso en la ornamentación. El sacerdote de la Guillotiere, que conoce a su pueblo, escribía:

«Nos contentaremos con lo necesario, incluso si se trata de objetos de culto, pobres, sencillos y limpios; nada de aparatoso, deslumbrante, elegante, que excite la curiosidad. Hace falta que todo sea sobrio, modesto, consistente. Lo bello y lo grande pueden ser muy sencillos: Así, un cáliz de oro puede ser muy simple, y sin embargo será bello y grande. Sobre todo, nada que excite la curiosidad o la envidia de la gente, nada de aparatoso.

Siempre se dice: «pero si es para Dios, tiene que ser hermoso». ¡Ilusión! Dios se burla de todo lo bello y resplandeciente que podamos ofrecerle: Hay que servir a Dios en espíritu y verdad, ahí está lo esencial y, generalmente, cuantas más cosas exteriores se ponen, menos hay en el interior; cuanto más se ocupa uno de lo exterior, menos hay en lo profundo, en lo interior. Lo esencial es instruir a la gente.

Nuestra misión es la de representar el pesebre y el calvario; dejemos a otros el cuidado de representar los misterios gloriosos.

Contentémonos, en nuestro caso, con la pequeñez y la pobreza. Esta es nuestra herencia, y no debemos salir de ella; los pobres no deben salir de su rango, ni siquiera para servir a Dios. No nos expongamos a obrar por ostentación y orgullo y mucho menos por satisfacer nuestra vanidad, más que por complacer a Dios». (VD 298).

Ya hemos dicho que Antonio Chevrier quiso consultar a otras personas, en especial al sacerdote que había sido su confesor en el seminario de teología. También estudió alguna obra de espiritualidad, de la cual nos quedan todavía algunos párrafos copiados de su puño y letra. Pero sabe que para conseguir el necesario discernimiento, no basta con el apoyo exterior. Únicamente el Espíritu Santo puede darle la luz y la fuerza imprescindibles, y la gracia de la Navidad de 1856 le ha dado a conocer el carácter gratuito, imprevisto, diríase incluso caprichoso, de las intervenciones del Espíritu de Dios.

«El Espíritu de Dios no se encuentra ni en los hábitos, ni en los reglamentos; cuando nos ha sido concedido, se encuentra en nosotros mismos.

Se oye su voz, pero no se sabe de dónde viene, ni a dónde va; sopla donde quiere. Nos llega en el momento más inesperado. Cuando le buscamos, no le encontramos; cuando no le buscamos, le encontramos; es independiente de nuestra voluntad, del momento, el tiempo y la hora; viene cuando quiere, y cuando viene, es nuestro deber acogerlo. Tiene libertad de acción y es independiente de nosotros, pero se nos comunica cuando menos lo pensamos; no está ni en el razonamiento, ni en el estudio, ni en las teorías, ni en las reglas; es el fuego divino, siempre llameante, que se eleva de un modo irregular; aparece y se esconde como la llama de la madera encendida; hay que acogerle con alegría cuando se manifiesta... y conservarle siempre que se nos comunica» (VD 311).

Pero Antonio Chevrier no confía en que el Espíritu se le revele de un modo espectacular. Sabe que no sucede así habitualmente y que la forma más ordinaria y segura, nos permite verificar la verdad de las intervenciones extraordinarias, y no al revés. Por otra parte, aunque se trata de un temperamento exagerado, no tiene una imaginación exagerada, y no se fía de la exaltación interior. Aprecia sobre todo los frutos que vienen de una labor paciente y constante, llevado por la gracia de Dios.

¿Sentís nacer en vosotros esta gracia? Es decir, ¿sentís una atracción interior que os empuja hacia Jesucristo?

Un sentimiento interior lleno de admiración por Jesucristo, por su belleza, su grandeza, su bondad infinita, que le impulsa a venir hacia nosotros. Un sentimiento que nos impresiona y nos lleva a darnos a Él.

Un leve soplo divino que nos empuja y que viene de lo alto, ex alto, una pequeña luz sobrenatural que nos ilumina y nos hace ver un poco a Jesucristo y su belleza infinita.

Si sentimos en nosotros ese soplo divino, si percibimos una pequeña luz, si nos sentimos atraídos, por poco que sea, hacia Jesucristo, ¡ah!, cultivemos esta atracción, hagámosla crecer con la plegaria, la oración, el estudio, a fin de que crezca y dé frutos» (VD 119).

A partir de 1857, Antonio Chevrier emprende un estudio que va a durar toda su vida. Busca a lo largo de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento, y en especial en los Evangelios, el estudio de Jesucristo. Durante unos ejercicios, el mes de diciembre de 1857, escribe:

«Estudiar a Jesús en su vida mortal, en su vida eucarística éste será todo mi estudio» (R 4).

He aquí una resolución mantenida por Chevrier. Y he aquí ahora, la misma convicción al cabo de unos años de experiencia.

«En la vida de Nuestro Señor se encuentra la sabiduría y la luz. En sus pequeños detalles encontramos toda nuestra regla de conducta, encontramos la perfección y una enseñanza segura, y según el sentir de Dios, ya que El mismo se nos manifiesta.

¿De qué nos sirve el Evangelio si no lo estudiamos?

Para conocer bien el Evangelio, hay que penetrar en los pequeños detalles de cada hecho, de cada acción: allí encontraremos la Sabiduría.

Cuando, pasando por una calle, vemos un hermoso edificio, lo miramos y exclamamos: ¡Qué hermosa casa!, sólo vemos lo exterior, no nos damos cuenta de lo que hay dentro, de lo que puede haber de adornos, belleza, comodidad, etc. Pasamos, miramos y decimos: Es bonita; y nada más: no nos servimos de ella. Pero si penetramos

en su interior y visitamos cada piso, cada habitación, podremos admirar el orden, la belleza interior, la perfecta armonía.

Así ocurre con el Evangelio; mucha gente lo observa y dice: Está bien pero no penetran en el interior para examinar la belleza interna y no se sirven de él ni lo gozan ni utilizan todo lo que contiene.

Para conocer una casa, hay que entrar en ella y utilizar sus habitaciones.

Para conocer el Evangelio, hay que entrar en él, ver los detalles, y poner en práctica todo lo que encontramos, y tan pronto como penetremos en él un poco, y estudiemos qué detalles, veremos que la casa es bella, grande y perfecta. Es verdaderamente la casa de la Sabiduría.

En el estudio de Nuestro Señor encontramos toda nuestra regla de vida, ya preparada del todo. Sólo hay que buscar y encontraremos, cuando vamos a un campo espacioso encontramos toda clase de plantas y flores, si queremos violetas las buscamos, si queremos otras flores o plantas raras sólo hay que buscarlas.

Buscad en el Evangelio y encontraréis toda clase de flores y de plantas necesarias para dar la vida y conservarla en nosotros» (VD 516 517).

Lo primero que busca en el Evangelio es la persona de Jesús, ya que Jesucristo nos ha sido dado como nuestra luz y nuestra sabiduría.

«Para enseñarnos a distinguir lo verdadero de lo falso, el bien del mal, lo justo de lo injusto y apreciar las cosas en su exacta luz y valor, o sea para poner en el lugar que les corresponde lo terreno, lo espiritual, el tiempo y la eternidad.

...

Con esta luz debemos aprender a conocer la verdad, el valor espiritual de cada cosa terrena, a distinguir lo verdadero de lo falso, lo justo de lo injusto, el bien del mal» (VD 89-90).

«Intenta conocer a la persona de Jesús a través de los títulos de Jesucristo, adoptando así un método muy tradicional en la Iglesia. Se detiene especialmente en el título de Maestro, ya que siente vivamente la necesidad de un Maestro: Uno se puede guiar por sí solo al emprender algo, cuando todavía no se tiene experiencia» (VD 83-107 VD 95 99).

Esta búsqueda de Jesucristo lleva hacia la unión con él.

«Nuestra unión con Jesucristo debe ser tan íntima, tan visible, tan perfecta, que la gente pueda decir al vernos: He aquí otro Jesucristo.

Esta unión con Cristo es indispensable para iluminar el camino» (VD 101 n. 1).

Efectivamente, el discernimiento de las vías a que Dios nos llama, no consiste únicamente en buscar la luz que nos ilumina un camino ya trazado, que hasta este momento estuviera oculto en la oscuridad. Es necesario saber reconocer el tiempo y las circunstancias en que conviene tomar una iniciativa: emprender algo sin saber con seguridad dónde nos va a conducir.

«No basta con empezar con Dios, es menester actuar y terminar con Dios»
(VD 103 n. 1).

El coadjutor de San Andrés va a intentar primero, permaneciendo en su puesto, cambiar un poco el estilo de vida para hacerse más pobre. Quiere sacrificar su mobiliario. Sus colegas intervienen con firmeza para que sea razonable; se da cuenta que su oposición está decidida. Fracasada su primera tentativa, pronto se le presenta una circunstancia favorable: falta un capellán en la ciudad del Niño Jesús, pues los capuchinos acaban de retirar al religioso encargado de este servicio. Antonio Chevrier aprovecha la ocasión y se presenta como suplente.

Su nombramiento se lleva a cabo sin dificultades en Agosto de 1857. Parece ser que todos se mostraron satisfechos de la solución. El nuevo capellán podrá vivir como un pobre entre los pobres, la «Ciudad» tendrá otro sacerdote a su servicio, los colegios de la parroquia se tranquilizan con su marcha, y en la curia arzobispal constatan satisfechos que esta solución complace a todos. Esta segunda iniciativa de Chevrier parece salir bien del todo.

Como la gente de la «Ciudad» acostumbraba a llamar «Padre» al capuchino que venía a hacer el servicio religioso, van a continuar haciendo lo mismo con Antonio Chevrier, que se convertirá para todos en él «Padre Chevrier».

IV FUNDACION

La «Ciudad del Niño Jesús» no estaba lejos de la parroquia de San Andrés: de quince a veinte minutos a pie. Camille Rambaud se había establecido en el barrio desde 1854. Había edificado una casa llamada «Casa del Niño Jesús», donde acogía a los niños incurables. También se hacía allí el catecismo. Después de las inundaciones de 1856, mucha gente quedó sin hogar y Camille Rambaud concibe entonces la idea de una «Ciudad del Niño Jesús». El Padre Chevrier va a ser el capellán de dos obras: una obra de catecismo para los niños, y otra obra social de viviendas para obreros. Por su parte, ve muy claro limitarse estrictamente al ministerio sacerdotal, en el cual está de acuerdo Camille Rambaud.

Parece ser, por otra parte, que el padre Chevrier se dio cuenta muy pronto de que tal empresa no era viable. Ante todo, el hijo de Margarite Chevrier, se asusta ante el volumen de las operaciones financieras emprendidas por el que había sido hombre de negocios. Era normal. Pero aún siendo Rambaud inteligente, emprendedor y hábil, por otro lado es un soñador utópico.

Su prudencia no estaba a la altura de su generosidad. Al nivel de vida en la «Ciudad» era de una extremada pobreza: se pasaba frío, se comía poco y mal y las privaciones que tuvo que soportar minaron la salud del sacerdote que, ya en la parroquia de San Andrés, había sobrepasado el límite de sus fuerzas. Cuando él mismo llegue a tener una responsabilidad semejante, evitará estas exageraciones.

«Los días de ayuno hay que servir, por la mañana, pan, vino y frutas, y cada uno de vosotros deberá tomar lo necesario para poder enseñar el Catecismo.

Los estómagos más delicados, más débiles, podrán tomar chocolate o café, en cantidad suficiente para llevar a cabo los deberes que impone la propia obligación, ya que el deber de la caridad, el trabajo espiritual, las tareas duras son más importantes que el ayuno. Si a veces no podemos ayunar materialmente, siempre podemos hacer un ayuno espiritual» (VD 334).

Esta era su manera de entender las cosas.

Pero las mayores dificultades no venían de esta austeridad exagerada, sino de otros elementos. El padre Chevrier presiente que las dos obras reunidas en la «Ciudad» en una única institución, no van a poder continuar juntas. Por su parte, y con la aprobación de Camille Rambaud, quiere dedicarse principalmente a catequizar a los niños pobres recogidos allí, pero a menudo tiene que intervenir en asuntos referentes a la

construcción de viviendas, y además, los niños molestan a los habitantes de la «Ciudad». Es verdad que aquellos niños no eran del todo fáciles. La mayoría habían crecido como plantas silvestres.

Había quienes aconsejaban a Camille Rambaud que se hiciera sacerdote; el mismo padre Chevrier tenía esta opinión. ¿Por qué? como era habitual entonces, consideraba una anomalía que un seglar como Camille Rambaud estuviera al frente de una obra semejante. Consideraba difícil que un seglar fuera superior: así consta en sus escritos. Pero sobre todo comprendió muy pronto que, cuando Camille Rambaud fuera sacerdote, él podría recobrar su libertad. Al marchar éste a Roma para estudiar teología, Chevrier le acompaña: era el mes de diciembre de 1858. Fue el primero de los cuatro viajes a Roma de Antonio Chevrier.

En la «Ciudad» de Rambaud, había varios colaboradores y colaboradoras del fundador; les llamaban «Hermanos» y «Hermanas», aunque no formaran una familia religiosa. Se trata de un conjunto muy heterogéneo, según hemos podido saber. Hay tres personas en las que vamos a fijarnos particularmente, pues serán protagonistas de la historia del Prado: Pierre Louat, Amalie Visignat y Marie Boisson.

Pierre Louat era pasante de notario. En 1856 tenía veintisiete años, cuando ingresó en la obra de Camille Rambaud. Estaba dotado de grandes cualidades para cuidar chiquillos y enseñarles el catecismo.

Amalie Visignat entró en la «Ciudad del Niño Jesús» a los veintidós años, en 1858. Se ocupaba del catecismo de las niñas.

Marie Boisson, trabajadora de la seda, de la misma edad que Amalie. Ingresaron juntas, para cuidar a las niñas. Escuchémosle contar cómo sucedió:

«Conocí al Padre Chevrier cuando estaba en la ciudad; fue el 13 de enero de 1858. Me había hablado de él un joven que le veneraba mucho; fui a confesarme con él y ya no tuve otro director espiritual hasta su muerte. Por aquel entonces quería yo entrar en las Hermanitas de los Pobres, y el padre había prometido presentarme a ellas, cuando una tal señorita Visignat, que había conocido en la «Ciudad», me anunció que ingresaba en la «Ciudad» para ocuparse de las primeras comuniones. Me dijo que no iba a entrar si yo no la acompañaba. Enseguida se lo prometí y el 15 de agosto fui a ver al padre Chevrier. Me contestó: «Nos veremos dentro de tres meses». A instancias de la señorita Visignat, ingresamos las dos en la «Ciudad» el primer viernes de septiembre de 1858». (I 147).

Al colaborar tan de cerca con el capellán, el joven y las dos chicas llegaron a pensar como él: No es posible continuar haciendo catecismos en las condiciones de la «Ciudad».

Escribiéndole a Roma, el padre Chevrier se muestra cada vez más claro y firme con Camille Rambaud, hasta que llega a ser categórico en una carta de junio de 1859:

«Un hecho es cierto: desde que existe la «Ciudad», la obra de los niños de la Primera Comunión no funciona bien».

Después de desarrollar ampliamente las dificultades afirma:

«Y digo más: será más fácil levantar de nuevo esta obra para los niños en otra parte, que en el lugar donde ha caído. Es muy difícil rehacer en el mismo sitio algo que se ha deshecho» (L 23 n. 22).

La situación financiera de la «Ciudad» era desastrosa. Habían emprendido la construcción de una iglesia y pronto se terminaron los fondos disponibles. En julio de 1859, Camille Rambaud vuelve a Lyon con el fin de poner en orden las cosas y seis meses más tarde marcha de nuevo a Roma.

Es difícil saber si, durante estos meses, fue decidida de común acuerdo la separación preconizada por el padre Chevrier. No es del todo seguro. En todo caso, en enero de 1860, Pierre Louat deja la «Ciudad» y se instala en un local en la subida de Fourviere y luego, unas semanas más tarde, en la Guillotiere. Su intención es reunir un grupo de muchachos para catequizarlos. Amelia hace lo mismo, instalándose en la colina de Fourviere y acogiendo allí a varias chicas. Marie también estaba dispuesta a seguirla, pero el padre Chevrier no la dejó partir, lo cual parece indicar que Camille Rambaud no estaba de acuerdo con el cambio.

«El padre Chevrier no quiso (esa es por lo menos mi opinión) tomar la responsabilidad de sacarme de la obra de la Primera Comunión de la «Ciudad» y marchar a Fourviere, añadiendo: « A no ser que el Cardenal te dé permiso». Quizá pensaba que no me atrevería a pedirlo. Sin embargo, lo hice al día siguiente. El Cardenal me recibió amablemente y me dio entera libertad para marcharme de la «Ciudad». Al informar al padre Chevrier, pareció sorprenderse del resultado, y me dijo simplemente: «Nada tengo que decir si su Eminencia te ha dado autorización» (I 147-148).

El Cardenal de Bonald ya se había formado su opinión de aquella situación y de las personas implicadas. Le gustó la iniciativa, a la vez sencilla y resuelta, de aquella obrera de veinticuatro años, que sin duda se presentaba en el Arzobispado por primera vez en su vida. (Hay que señalar que la buena acogida la animó a reincidir). ¿Qué pensaba por entonces el Cardenal del Padre Chevrier? No lo sabemos, pero, a partir de este momento hasta su muerte en 1870, no cesará de animar a este sacerdote totalmente entregado a la población obrera de la Guillotiere.

De todos modos, la separación fue un hecho, a pesar de no ser del todo deseada por el Padre Chevrier.

De su experiencia en la «Ciudad», Chevrier va a sacar una lección: No meterse en asuntos materiales, y una orientación definitiva: el ministerio del sacerdote es un ministerio sobre todo espiritual.

«Cuando Nuestro Señor envió a sus apóstoles, no los envió a ocuparse del mundo, a trabajar, a edificar, a comerciar; sino que les envió a predicar y a curar; he aquí las dos grandes misiones que Jesucristo les confió: predicar y curar. «Como mi Padre me envió, así os envío yo». Los apóstoles, que habían recibido las enseñanzas del Salvador, nos dan ejemplo de cómo cumplieron ese deber: Así lo vemos en los Hechos de los Apóstoles; al darse cuenta de que el cuidado de los pobres les absorbía demasiado y les ocupaba un tiempo que debían dedicar a lo espiritual, establecieron diáconos para ocuparse de los pobres, y se reservaron para la oración y la predicación, como únicas y auténticas ocupaciones: «Nos vero oratione et predicationi instantes erimos» (nosotros debemos entregarnos completamente a la oración y a la predicación).

El padre Chevrier prometió permanecer en la «Ciudad» hasta que Camille Rambaud fuese ordenado sacerdote (1). Así pues, ejerció su actividad durante varios meses en tres lugares simultáneamente. En esta época recibió también el nombramiento inesperado de capellán de la cárcel. Este hecho daba al traste con todos sus proyectos. Pero Amelie, Marie y su grupo de muchachas presentaron una solicitud al Cardenal, el cual retiró el nombramiento.

Por su parte, el padre Chevrier se mostraba mucho menos decidido que sus tres jóvenes colaboradores. Pierre y Amelie le atormentan para que se decida a fundar una verdadera obra para el catecismo. Marie insistía menos. Estaba del todo decidida a seguir la voluntad de Dios, pero no veía muy claro lo que El quería. A partir de este año, 1860, comparte, quizá más profundamente que los otros dos, los proyectos del padre Chevrier. Su postura va a ser la misma durante toda su vida: la de una colaboradora eficaz, inteligente y discreta. Reconoce que este sacerdote es el depositario de un don de Dios, al cual debe servir, y lo hace con toda discreción. Si pensamos que se encontraron cuando él tenía 32 años y ella 22, que vivieron en tanta proximidad que ella comprendió tan bien sus intenciones, que no cesaron de colaborar, nos llena de admiración la limpieza de sus relaciones, exentas de todo sentimentalismo. Los dos se volcaron en la Obra de Dios, lo cual les absorbió totalmente.

Tal fue la razón profunda de sus actitudes; pero lo que también les impulsaba en este sentido era el conocimiento que tenían los dos del ambiente popular.

Era menester dar un testimonio perceptible y sin equívocos de fidelidad al celibato, en medio de un mundo que apenas creía en él.

1) Camille Rambaud fue ordenado sacerdote el 25 de mayo de 1861.

«Las mujeres devotas invitan a menudo a los sacerdotes para que las visiten, especialmente las que no tienen nada que hacer. Estas visitas terminan siempre escandalizando al prójimo, más propenso a juzgar mal que bien, y uno termina siendo el objeto de las habladurías de todo un barrio o de una parroquia» (VD 178).

«Las religiosas no se escapan a las críticas más que otras mujeres, y quizá son todavía más criticadas si frecuentan muy asiduamente a los sacerdotes o si éstos van muy a menudo a sus casas» (VD 181).

La misma preocupación apostólica de limpieza y verdad llevaba al padre Chevrier a intentar prescindir, en la casa rectoral, de las «sirvientas».

«Siguiendo el ejemplo de San Pablo, no tomaremos mujeres a nuestro servicio» (VD 180).

El 10 de diciembre de 1860, Antonio Chevrier se decidió por fin. Alquiló una casa situada en los límites de la parroquia de San Andrés dentro ya del territorio de la parroquia de San Luis de la Guillotiere. Esta casa había servido hasta entonces de sala de baile. Se trataba del «Baile del Prado», llamado así, al parecer, por imitar a una sala parisiense del mismo nombre. A partir de este momento, las iniciativas apostólicas de Antonio Chevrier van a llevar este nombre, sin que se preocupase de buscar otro más conveniente o piadoso. Diez años más tarde compró el edificio, al ponerlo en venta el propietario a un precio por demás exagerado. La generosidad de otro sacerdote, fallecido poco más tarde, permitió alquilar lo primero y comprarlo más tarde, ya que el padre Chevrier no poseía nada.

Pronto arreglaron el local del Prado: en el centro una capilla, la habitación de los muchachos a un lado, la de las chicas al otro. En el terreno contiguo se improvisan dos patios de recreo. Todo muy pobre. Se vive sin tener recursos asegurados y regulares. Por eso llaman a la casa «Providencia del Prado». Los pensionistas son niños adolescentes muy pobres. El personal se reduce a los cuatro personajes que conocemos. Todos aceptan compartir esta vida de los pobres con una gran generosidad. Pierre Louat acogió de buena gana al primer cliente reclutado por el padre Chevrier, un tal Pierre Pecalet, al cual debemos mencionar entre los fundadores del Prado. Al encontrar a este niño retrasado mental buscando alimentos en las basuras de las casas, Antonio Chevrier comprendió que Pierre Pecalet tenía que estar a su lado para empezar la obra de Dios.

Con todo, la instalación del Prado no fue el principio de un período de tranquilidad. En primer lugar, hay dificultades de colaboración: Pierre Louat y Amelia Visignat no van a tardar mucho en partir. Pierre entró en el seminario diocesano en 1862 y fue ordenado sacerdote en la sociedad de María. Amelie creaba problemas en la casa y en el exterior. Del arzobispado mandan aviso al Padre Chevrier para que

la despida. Aún estando de acuerdo, hubiese preferido que se marchase por iniciativa propia. Pero finalmente, se decide a invitarle a partir.

Había, sin embargo, otra cuestión más esencial que atormentaba a Antonio Chevrier, y que explica, en gran parte, por qué aparecía menos resuelto que Pierre Louat y Amelia Visignat: el objetivo de su obra no podía limitarse a hacer catecismo a los niños. Había descubierto una necesidad apostólica de dimensiones más amplias. Se trataba de un interrogante planteado a la Iglesia por una masa inmensa: su proyecto más fundamental fue reunir una familia de apóstoles decididos a todo, a pagar evangélicamente el precio necesario para que el evangelio fuera anunciado a los pobres. En mayo de 1858, durante unos ejercicios que hizo en solitario, ya había anotado:

«Prometo a Jesús buscar compañeros de buena voluntad, a fin de que, asociándonos para vivir juntos| la misma vida de pobreza y de sacrificio, trabajemos más eficazmente en nuestra salvación y en la de nuestros hermanos, si esta es su voluntad» (R 10).

V MANOS A LA OBRA

A partir del momento de la apertura de la casa del Prado, el número de ocupantes creció rápidamente. Mientras que, alrededor de la Pascua de 1861, había diez chicas y quince muchachos, un año más tarde se contaba ya con unos 40. El padre Chevrier escribió más tarde que el Prado albergaba a cerca de doscientas personas. (cf. p. (37) VD 321).

La casa se organiza en función de dar una formación cristiana a jóvenes que no puedan recibirla en el marco habitual de las parroquias. Los pensionistas del Prado no son únicamente niños, como podría suponerse. En los documentos dejados por el padre Chevrier, la palabra «niño» sale a menudo. De hecho, en el lenguaje actual, se trataría más bien de adolescentes y jóvenes de quince años o más, aunque hubiera también niños en el sentido propio de la palabra.

Las primeras instalaciones fueron pronto insuficientes. Desde entonces, a través de continuas transformaciones, el Prado no cesará de evolucionar. Se añaden habitaciones, se cambia la distribución interior de las piezas, se tapan puertas por un lado, mientras se abren por el otro. Incluso se compra un terreno al otro lado de la calle para instalar a las niñas.

Si pensamos en toda esa historia de construcciones y arreglos, estaríamos tentados de ironizar: Antonio Chevrier se había separado de Camille Rambaud porque el trabajo de construcción era demasiado absorbente, con menoscabo del «ministerio espiritual», pero, cuando las circunstancias le obligaron, tuvo que meterse a constructor.

Es cierto, pero el principio que inspiraba este trabajo es distinto, puesto que no construía para resolver un problema social de viviendas.

Veamos concretamente cómo fueron las cosas:

«Hacia el mes de julio estábamos rezando una novena a la Virgen y a San José para pedir una mejora de nuestra situación que nos permitiera pasar el invierno soportando mejor el frío, cuando un día, por la mañana, vino a visitarnos un señor. Viendo nuestra indigencia, el tejado deteriorado, envió él mismo obreros a reparar la casa. Arreglamos el suelo, quitamos el papel-e hicimos nuevos tabiques para obtener una mejor higiene; yo mismo tuve una habitación; hasta entonces, dormía con los niños, primero y luego en la sacristía» (R. 257).

Aquí escuchamos la auténtica voz de Antonio Chevrier, y podemos apreciar la diferencia con las enormes operaciones financieras de Camille Rambaud... En cuanto a los principios que le guían, Antonio Chevrier escribe:

¿Qué hemos de pensar de los que sólo se preocupan de construir y embellecer la casa rectoral y la iglesia? ¿De los que para conseguirlo, no hacen más que andar tras el alcalde, el gobernador, tras los señores y las damas? Ay, abandonan a las almas para ir tras de las piedras. No se necesita tanto aparato para convertir. Nunca como ahora se han construido tantas iglesias y casas rectorales y jamás ha habido tan poca fe y religión. Únicamente debemos construir o hacer cosas exteriores cuando no hay otro remedio y cuando tenemos lo suficiente para pagarlo sin preocupaciones» (VD 307 n. 2).

«Los dos principios vitales para cualquier casa son: la pobreza y la caridad. Unida a esto la prudencia que evitará ir más allá de lo posible, sin tentar a la Providencia, es decir, hacer más de lo que estamos llamados a hacer y decir: Dios lo va a pagar, tal como escuchamos a voces. Esto es tentar a Dios. Pero el que sabe esperar, que sólo hace lo que está obligado a hacer, lo que puede hacer sin exponerse, éste anda por buen camino» (VD 321 n. 2).

Para realizar este continuo trasiego, tanto de muebles como de inmuebles, Antonio Chevrier fue ayudado por muchas personas ajenas a la casa. Esta ayuda como ya hemos visto, provenía a veces, de gente rica. Algunos han continuado siendo fieles y el padre Chevrier se lo agradecía, con la viva preocupación, no obstante, de permanecer libre frente a ellos. Si alguien quería imponerle un modo de obrar que no le parecía conforme con la voluntad de Dios, para con el Prado, prefería rehusar sin vacilación, por más importante que fuese la ayuda ofrecida. Por otra parte, esta actitud no se la dictaba únicamente la preocupación de actuar en el Prado con libertad, sino también para permanecer libre para anunciar el Evangelio a los bienhechores, lo cual no dejaba de hacer jamás, a veces incluso con cierta aspereza. Así escribía a una mujer de la burguesía de Lyon que le había tomado como confesor:

«Le doy las gracias, también, por haber pensado en nosotros y en los niños. Las niñas necesitan vestidos, pues los que llevan están gastados; te agradeceremos que nos ofrezcas la tela. En cuanto a la lámpara, creo que nuestra capilla no puede tener objetos que representen lujo y boato. Preferiría que en lugar de este objeto, aceptase Ud. mantener la lamparilla del Santísimo toda su vida, y pienso que habría conseguido el mismo objetivo» (L 158 n. 278).

Cinco años más tarde, mandaba a la misma señora estas líneas:

«Hemos recibido la tela que ha tenido la bondad de enviar para las niñas. El modelo y la calidad han gustado a todos, y se lo agradecemos sinceramente, en particular yo mismo.

La Primera Comuni3n no tendr1 lugar hasta dentro de un mes, el d1a de la Ascensi3n. Rece un poco por nuestros ni1os, para que sea un d1a feliz para todos, para ellos y para nosotros.

Por nuestra parte, no la olvidamos en nuestras oraciones, lo mismo digo de su esposo e hijo.

Es cierto que las cosas han cambiado mucho desde hace alg1n tiempo. Lo atribuyo a que nuestra situaci3n ha cambiado de uno a dos a1os a esta parte: ni Ud. Se podr1a considerar mi penitente, ni yo su confesor. Continuamente me estaba reprochando y acusando, incluso en el confesionario, lo cual a mi parecer no era muy conveniente; todas mis acciones eran censuradas, mis intenciones mal interpretadas, por lo que este modo de hacer no podr1a continuar, ni agradar a Dios. Por mi parte, perd1a mi autoridad y yo no sab1a qu1 decirle, pues de continuo me expon1a a su reacci3n violenta, me sent1a incapacitado para hablar, y se hac1a imposible la direcci3n espiritual.

Creo que un penitente debe ser un penitente y no un confesor, debe limitarse a su papel; el penitente debe tener una actitud de sumisi3n y humildad. Tiene que moderar los arrebatos de su esp1ritu y contener su imaginaci3n en los l1mites de una justa moderaci3n, para poder seguir en buen camino. Rece, pues, e invoque al Esp1ritu Santo, para que le ilumine con su luz y le d1e la caridad del esp1ritu, as1 como ya tiene la del coraz3n» (L 160 n. 304).

En el fondo, lo que desea, adem1s de salvaguardar la libertad apost3lica, es realizar una obra s3lida con el 1nico apoyo de Dios.

«Es un grave error pensar: «Aquella persona es rica, algo me dar1; aquella otra es generosa, algo me dar1; aquella me aprecia, algo me dar1». El mundo quiere m1s a su dinero que a vosotros y vuestras obras.

No debemos contar tampoco con las promesas que nos hacen, ni con los dep3sitos que puedan hacernos, aunque nos digan que van a pertenecernos despu1s de su muerte.

El proverbio es cierto: Vale m1s un «toma» que dos «te dar1».

No hay que aceptar los donativos hechos a medias, es un estorbo, una preocupaci3n y puede ser ocasi3n de problemas, tanto para el que da, como para el que recibe.

No hay que apoyarse sobre bases inconsistentes.

Únicamente hay que contar con Dios.

Con tal que hagamos de verdad la obra de Dios, que tengamos realmente la vocación de Dios para hacer su obra, Dios estará con nosotros. Esta es su promesa» (VD 320).

Aunque algunos ricos hayan ayudado a construir el Prado, los pobres han ocupado también su lugar, precisamente el primero.

«Al sacerdote que trabaja para Dios, primeramente le sostendrán y alimentarán los pobres; después vendrán los ricos: ésta es la regla »(VD 309).

Esta idea de Antonio Chevrier proviene de la experiencia, de una experiencia confirmada por la meditación del Evangelio. Todo un ambiente popular se movió alrededor del Prado para ayudar con todas sus posibilidades. Era la señal de que esta gente se veía reflejada en la obra, la tomaban como asunto propio.

«Un simple obrero, que únicamente se mantenía de su trabajo, aportaba cada semana tres francos de pan al Prado. Compraba el pan en Saint Clair a un amigo panadero de poca monta, al que deseaba dar también algún beneficio; luego lo traía desde este barrio alejado, no sin fatiga» (PI 93).

«Si la generosidad del Sr. Froissard, del Sr. Revol y de otros benefactores insignes fue útil para instalar el Prado, también los pobres aportaron mucho. Una pobre portera de la calle Mayor, dio todo lo que tenía, 400 francos. Una buena chica, Benoite, traía cada domingo lo ahorrado durante la semana, y se llevaba un paquete de ropa sucia que nos devolvía, una vez lavada, el domingo siguiente. Andaba cada domingo de 8 a 10 Km para hacer esta buena acción. Murió en el Prado.

Nuestra Sor Elisabeth, para el mundo la señorita Florine Arnaud, trabajadora de la seda, después de entregarlo todo, se propuso pasar el día sin comer. Sólo hacía una comida en el Prado, por la noche, antes de la oración. Así sólo tenía que pagar el alquiler. ¿Cuánto tiempo duró esta situación? No recuerdo bien, pero creo que algunos meses. Más tarde le obligábamos a llevarse un poco de pan y queso para la mañana siguiente. Viendo su constancia, el Padre se creyó en la obligación de traerla a la casa. Nos hizo un gran servicio» (PI 165).

«Hace un año que tenemos en el Prado a 35 ó 40 personas, contando únicamente con la Providencia, y nunca nos ha fallado.

Dios se ha servido de los pobres para alimentarnos... el cepillo de la iglesia, las limosnas voluntarias.

En nuestras necesidades hemos encontrado personas generosas y desinteresadas: una mujer trabajadora nos ha enviado un peine de plata, otra obrera ha dado su cubierto de plata, otra se ha desprendido de todo lo que tenía para los niños pobres y nos ha hecho varias entregas hasta 600 francos: toda su fortuna.

Una obrera de la seda, contenta de poder participar en la obra, nos comunicó que todos los días iba a tejer medio metro más para nosotros, y no se olvidaba de su promesa, pues traía de cuando en cuando, su ofrenda en mantequilla, pan y vestidos que nos compraba.

Una buena mujer, para contribuir a la obra, recogía dinero entre sus amistades, y casi cada día aportaba la limosna recogida entre aquella buena gente.

Un día necesitaba 400 francos para pagar a los obreros -me presenté en casa de un hombre que se apiadó de nosotros- nos lo entregó inmediatamente. Hasta ahora han sido los pobres y los obreros quienes nos han sostenido» (R 257-258).

Viendo esto, podemos comprender mejor el alcance de estas palabras:

«Vale más una moneda dada libremente que 1.000 francos de mala gana.

Si somos realmente pobres, nos apreciarán más y nos ayudarán más; no cansemos a los fieles con peticiones inoportunas y reiteradas. El verdadero pobre sabe sufrir y no pide más de lo necesario y el Buen Dios no se hace el sordo» (VD 521).

Esta actitud nos hace pensar en Cristo, observando a la viuda que da de lo necesario «todo lo que tenía para vivir». Jesús enseña a los discípulos a calibrar la profundidad del gesto de esa mujer, cuya ofrenda aparece insignificante en relación con la importante ofrenda de los ricos (cf. Mc. 12, 41-44).

Antonio Chevrier había adoptado este modo de juzgar. Mientras rechaza la «corona de luces» que le ofrece una burguesa de Lyon para la capilla (cf. p. 28) se refiere en estos términos a una pequeña lámpara de cristal al recomendar al sacristán:

«Tenga cuidado con esta lámpara, es muy valiosa por su origen, es un recuerdo que debo a la caridad de un pobre trabajador cristallero, que ha perdido horas de sueño para fabricarla» (P IV 155).

No se trata únicamente de no molestar a los pobres, dando la impresión de menospreciar sus ofrendas. Se trata de apreciarlo todo en su auténtica realidad. Para la obra de Dios sólo cuenta la densidad espiritual de lo que hacemos, y esta densidad aparece más en medio de la pobreza que en el seno de la riqueza. Por eso hay un profundo lazo de unión y conveniencia entre la pobreza y el ministerio sacerdotal.

«Qué libertad, qué fuerza da al sacerdote la santa y hermosa pobreza de Jesucristo.

Qué energía consigue con ella, para luchar contra los vicios del mundo. Qué buen ejemplo es para el mundo, este mundo que sólo trabaja para el dinero que sólo piensa en el dinero, que sólo vive para el dinero.

Y al lado de este mundo material, sensual, un hombre completamente espiritual, que no vive para la tierra, que desprecia el dinero y los bienes de este mundo, que no desea nada de estas cosas de la tierra, y que dice al mundo: Quédate con tu oro y tu plata, mi tesoro está en el cielo, mi vida es Jesucristo.

Que le basta lo estrictamente necesario, que no pide nada a nadie, que trabaja únicamente para Dios, que no se pelea ni por su vestido, ni por su abrigo; que se deja quitar el abrigo y no pide que se lo devuelvan, y que se abandona a las manos de la Divina Providencia.

Qué bello, qué grande, qué admirable es un hombre así.

El mundo se ve forzado a fijarse en él y a admirar en él la energía de la fe, del amor, y de la confianza en Dios.

Dónde haya hambres así, dice la Sabiduría, harán cosas admirables» (VD 322).

Antonio Chevrier ha puesto manos a la obra, sacerdote pobre entre los pobres, que le consideran uno de los suyos. No podemos dejar de reconocer que se cuenta entre los precursores que vivieron en esta época. Sin embargo, para no interpretar mal su vida, es menester poner de relieve una laguna en ella.

La mayoría de los pobres que conoció Antonio Chevrier eran obreros, y podemos afirmar que se sumergió en el mundo obrero de la Guillotiere. Conoce a este pueblo, sus valores, su generosidad, y también sus miserias, su incredulidad. Ama y aprecia a este pueblo compartiendo sus aspiraciones a la justicia:

«Seamos generosos con el obrero que trabaja: buena carga lleva; nunca se pagan bastante los sudores del obrero y del pobre »(VD 302 n. 2).

Desde luego, esta actitud es esencial.

El padre Chevrier también sabe que este pueblo es republicano y por otra parte evita alinearse con los bonapartistas o los monárquicos. No obstante no mantuvo contacto directo con el movimiento obrero. No hay que sorprenderse. Lo contrario habría sido milagroso, teniendo en cuenta su historia personal y la historia del movimiento obrero.

¿Qué tipo de presencia habría tenido en este movimiento y con sus militantes si se hubiese dado el encuentro? Es inútil imaginarlo. Basta con que sus herederos adopten los mismos principios apostólicos. Ya recibirán la gracia de proseguir la obra de Dios en el momento presente, con una nueva oportunidad: la de poder encontrarse con militantes del movimiento obrero.

Los jóvenes que habitaban en la casa del Prado, las personas de la Guillotiere y de otros barrios que frecuentaban la capilla, las que debía visitar en sus domicilios, las que

venían a pedir ayuda o consejo, toda esta gente bastaba para absorber la actividad del padre Chevrier. Pero este mundo que representaba un ambiente limitado, no absorbía todas sus preocupaciones. Su pensamiento volaba más allá, mucho más allá de este círculo. Se trataba de evangelizar un mundo y para ello era menester formar muchos equipos apostólicos. La idea principal del padre Chevrier era crear un grupo de sacerdotes pobres para anunciar el evangelio a los pobres.

Hay un trasiego continuo de colaboradores y colaboradoras: llegan, se van, otros los sustituyen. Vienen a trabajar con los muchachos del Prado, prestan servicios de tipo material o participan directamente en la educación y en la enseñanza catequética. Pero ni uno solo comparte realmente la intención de fondo de Antonio Chevrier, aunque éste las acepta con su buena voluntad y sus deficiencias y se esfuerza en darles trabajo teniendo en cuenta su capacidad y sus límites. Lo consigue bastante bien, pero a costa de una práctica heroica de la paciencia.

Hubo un encuentro que le infundió nueva esperanza. Había entrado en relación con un sacerdote de la diócesis de Lyon, André Gourdon y se sentía comprendido por él. Le abrió el corazón.

«Este gran misterio de la Encarnación que tanto te ha impresionado es en verdad el fundamento de nuestro celo, de nuestras acciones, y un buen motivo para humillarnos ante Dios. Este misterio me ha impulsado a pedir a Dios la pobreza y la humildad, y me ha hecho dejar el ministerio para poner en práctica la santa pobreza de Nuestro Señor. Deseo y pido cada día a Dios que se digne llenar a los sacerdotes del Espíritu de Jesucristo, para parecernos cada vez más a Jesús nuestro divino modelo, el gran modelo de los sacerdotes» (L 37 n. 49).

«Oh, cuánta necesidad tiene Dios de sacerdotes buenos y pobres; éste es mi sueño y mi deseo ardiente desde hace más de diez años, que haya buenos sacerdotes en las parroquias: es lo más importante de todo. Un sacerdote bueno trae con él toda clase de reformas, de conversiones, todo lo que las almas necesitan. Entrégate a este primer objetivo de conseguir buenos colegas, sacerdotes pobres según Dios, y tendrás lo más importante; lo demás no es nada» (L 38 n. 50).

Juntos hacen proyectos, dan pasos en el arzobispado, pero no consiguen nada. Por una parte, en el arzobispado no comprenden las intenciones de fondo del Padre Chevrier y no le quieren ceder a un hombre de prestigio para un trabajo aparentemente tan modesto. Por otra parte Gourdon quizá no estaba del todo convencido para abandonar un camino seguro y lanzarse a la aventura. Para responder a la llamada de Jesucristo.

«Se necesita también una voluntad bien decidida» (VD 127).

Esto ocurrió hacia 1865. En esta misma época otro proyecto de Antonio Chevrier llega a la madurez y va a realizarse. Se da cuenta de que no basta contar con sacerdotes que acepten vivir con él. Piensa en dar una formación adecuada a muchachos del

ambiente popular que aspiren al sacerdocio. Estos jóvenes pueden llegar a ser aptos para el ministerio y ser útiles a la Iglesia. Quizá algunos de ellos den signos de una vocación semejante a la suya y vengan a ser los sacerdotes pobres en que sueña. En definitiva, se trata de constituir un seminario particular.

Esta idea asustaba a Antonio Chevrier, que no se sentía suficientemente preparado para tal empresa. Su miedo era tan fuerte, que sintió la necesidad de confiarse:

«Experimento tanto mi impotencia, mi incapacidad, que a menudo digo al Señor: Dios mío, sin duda te has equivocado al poner al frente de una gran obra a un pobre tan débil como yo.

Me siento tan pobre, tan pecador, tan ignorante, que si Dios no envía a alguien para realizar su obra, ésta perecerá. Cuántas cualidades y virtudes son necesarias para llevar adelante y hacer como es debida la obra de Dios. Ya sé que Dios escoge a quien quiere, y a menudo elige a los más pequeños y pobres para manifestar su gloria y su poder para que todos puedan reconocer: verdaderamente que es Dios quien lo ha hecho; pero es menester también que esta pobre persona corresponda a la gracia; tiene que ser un hombre de oración y de sacrificio, y yo experimento siempre mi resistencia a la santa voluntad de Dios retrasando su obra. Necesitaría alguien a mi lado continuamente, que me empujara y me recordara lo que debo hacer. Qué desgraciado soy digno de compasión, si no hago lo que Dios quiere de mí. Qué responsabilidad para mí, qué juicio y qué condena merezco. Durante años he dicho a Dios: Si tienes necesidad de un pobre, aquí estoy; si tienes necesidad de un loco, aquí estoy, y sentí en mí la gracia para hacer todo lo que Dios me pidiese, y ahora que es el momento de actuar siento pereza, soy cobarde. ¡Oh! Si no hay almas que recen por mí, que me impulsen, estoy perdido. Si Dios me enviara un buen compañero, capaz de comprender la Obra de Dios, me sentiría más fuerte, más capaz; pero solo, siempre solo, no tengo la fuerza suficiente; o bien necesitaría una gracia extraordinaria que aún no he merecido, pues los dones de Dios hay que «Comprarlos» y para ello nunca se hace bastante, sobre todo cuando tales dones han de contribuir a la salvación de las almas y a la gloria de la Iglesia.

Perdona, hijo, si te hablo tan sinceramente y te descubro un poco la tristeza de mi alma, pero lo hago para encontrar en ti un alma que rece y me ayude a cumplir la santa voluntad de Dios, pues si El ha suscitado el Prado, no ha sido para darme una propiedad de cien mil francos, pues, ¿para qué los necesito? Lo he entregado todo a Dios y sólo le he pedido en herencia la Santa Pobreza: por tanto, se trata de algo más. Pues bien, ayúdame a hacer lo que Dios me pide, en especial esta obra de sacerdotes pobres para las parroquias» (L 157 n. 257).

Esta idea no es del todo nueva. Sor Marie lo dice claramente:

«La primera intención del padre Chevrier fue la creación de una escuela para la formación de sacerdotes, aunque sólo pudo llevarla a cabo a partir de 1865» (P I 148).

Digamos que a partir de 1865 ya no puede retrasar más la realización de una idea que se le impone cada vez más y que al mismo tiempo le parece más que nunca sobrepasar su capacidad.

¿Qué últimos consejos han podido ayudarle a tomar la decisión? No lo sabemos. Pero dos cosas son ciertas:

Por un lado nunca renunció a la decisión de fundar un seminario. Aunque persuadido de la desproporción entre la enormidad de la empresa y la pequeñez de los medios de que dispone, no se altera. Aunque sus cartas siguen manifestando una cierta angustia, ya no encontramos en ellas el tono extremado de la que hemos citado. Se da cuenta de que tales «quejas» pueden ser «razonamientos» camuflados (cf. pág. 8, VD 126-127).

Por otra parte nos dice en qué signos reconoció la voluntad de Dios. Lo explica en una carta a Andrés Gourdon, escrita cuando todavía confiaba que podría atraerle el Prado:

«Que la santa voluntad de Dios se realice en todo, tanto en nosotros como en todos los hombres de la tierra. Si Dios lo permite, ven, con el gozo de contribuir a una obra a la que amo y deseo hace mucho tiempo. La Providencia parece facilitar e incluso exigir el que nos unamos. Hay sitio en el Prado para alojar a los que deseen trabajar en la obra; es más, me vería obligado a mandar a una escuela clerical de Lyon a cuatro alumnos que tengo aquí, por falta de profesor. Cuánto me gustaría que se quedaran en la casa para comunicarles este espíritu de sencillez y pobreza que debe ser nuestro principal objetivo.

Si tienes más alumnos pueden traerlos ya que puedo ofrecer alojamiento para ocho o diez alumnos.

Este deseo mío ha recibido un nuevo impulso al recibir una carta del reverendo Magaud, pocas horas antes de recibir la tuya, en la que se decía no poder continuar esta obra para estudiantes pobres, por carecer de recursos; que solamente tenía cuatro de ellos y que los cuatro le pagaban la pensión. No creo que Nuestro Señor permita que perezca la obra tan excelente que había empezado. Quizá desea que la continúen algunos sacerdotes pobres. Por mi parte, me siento dispuesto a proseguirla si consigo la ayuda de un buen colega. Ya tenemos lo fundamental: los alumnos y el local, y también algunos recursos de la Providencia lo bastante visibles para no dejar lugar a dudas. Así pues, confiemos, con la bendición de Su Santidad que nos ha bendecido a todos, y también a ti, puesto que la ha dado a todos los sacerdotes dispuestos a aceptar la santa pobreza de Jesucristo. Ven, me alegrará tenerte conmigo, procura obtener el permiso de Su Eminencia, y empezaremos. En cuanto a las personas que has formado para la pobreza, sigue orientándolas hacia este camino de Nuestro Señor y, más tarde, nos serán muy útiles cuando nos den algunas parroquias pobres para servir, si Dios quiere.

¡Oh! Qué contento me ha puesto la lectura de tu carta, me he dado cuenta que ya no estaba solo.

Aunque tengo a dos o tres compañeros con las mismas perspectivas, ya sabes que el Espíritu Santo nos inclina más hacia algunas personas. Oremos mucho a Dios estos días, pidámosle mucho que se cumpla su santa voluntad y que se allanen los obstáculos humanos» (L 38-39 n. 5).

Esta carta es muy importante para comprender a Antonio Chevrier y su obra. Intentemos analizar su pensamiento.

En primer lugar se trata de hacer la voluntad de Dios y, por tanto, de saber si Dios quiere la obra proyectada. Se trata también de saber quién es llamado por Dios a realizarla.

Hacia mucho tiempo que Antonio Chevrier deseaba esta obra. ¿En qué consistía? Reunir a un grupo de futuros sacerdotes en el Prado, para recibir su formación en esta casa. En tales condiciones puede confiarse que sean formados en la pobreza y simplicidad, de modo que sean capaces de vivir como sacerdotes pobres al servicio de un pueblo pobre. Esta formación para la pobreza y la simplicidad es el «objetivo principal».

Françoise Chapuis recalca las mismas ideas en su testimonio. Esta obrera, casi analfabeta, tan ingenua para ciertos asuntos, gozaba de la confianza del padre Chevrier:

«Dios ha puesto en algunas almas un sentido espiritual y práctico que contiene más sentido común y más espíritu divino que no poseen los mayores sabios. Se trata de testigos, algunos de ellos campesinos, obreros y obreras, mujeres que saben comprender enseguida las cosas de Dios y saben explicarlas mejor que muchas otras» (VD 218).

Antonio Chevrier había confiado sus proyectos a Françoise. Esta nos lo cuenta de esta manera:

«El padre Chevrier me habló a menudo de la Escuela «clerical», antes de fundarla. Ya pensaba en ella antes de contar con sus primeros colaboradores y había rezado mucho con esa intención. Un día me dijo: Françoise, me gustaría hacer un semillero de sacerdotes. Me gustaría tener algunos sacerdotes que se educaran al lado de mis muchachos para que logran comprenderles.

-»Pero, padre, ¿cómo les va a alimentar? Ya tiene bastante trabajo con las suscripciones».

-Es cierto, las suscripciones no nos llegan para todo, pero tengo una idea que sin duda me va a humillar, pues soy muy orgulloso, Dios quiere, me parece, que me humille. Mi idea es ir a pedir limosna a la puerta de la iglesia de la Caridad. Alargaré mi

sombrero o mi gorra a la gente que pase y rezaré el rosario para los que me den limosna».

-»Padre, solamente le darán pequeñas monedas... que no van a solucionar nada.

-»No, me dijo, verás cómo también me darán grandes y dinero en papel».

Cuando hablábamos de este asunto, insistía mucho en la necesidad de contar con sacerdotes sencillos y piadosos, y cuando le citaba el nombre de sus colaboradores, me contestaba: No es suficiente, no son todavía lo sencillos que conviene» (PI 61).

Conseguir sacerdotes sencillos. ¡Qué extraña idea! Si se tratase de conseguir sacerdotes pobres, sería comprensible, podría ser un objetivo serio. Pero si su objetivo se reducía a tener sacerdotes sencillos, era un programa aparentemente muy limitado. Ahora bien, en la práctica es lo esencial, lo principal, el alma de todo lo demás cuando se trata de vivir con la simplicidad del Verdadero Discípulo, de vivir sencillamente entre la gente humilde y pobre para anunciarles el Evangelio del Reino con simplicidad.

He aquí pues, la obra a realizar, pero ¿quién será enviado para esto? Dios «quiere quizá que lo lleven a cabo sacerdotes pobres». A pesar de las dificultades que prevé, Antonio Chevrier se encuentra a gusto en el asunto, y a este signo interior se añaden signos exteriores.

En primer lugar, se presentan algunos muchachos de familias sin suficientes recursos para pagar los gastos de los estudios secundarios en condiciones normales. Unos muchachos así, ¿no corresponden, más que otros, a las intenciones de Antonio Chevrier?

¿Tenemos acaso derecho a alojarnos mejor, vestarnos mejor, alimentarnos mejor que los pobres del mundo?

¿No es vergonzoso ver a sacerdotes que se enriquecen, compran terrenos, casas, con el dinero de la Iglesia; y esto lo hacen sacerdotes que, en el mundo hubiesen sido unos pobres obreros con lo justo para vivir, que han llegado a sacerdotes gracias a la Iglesia y a las limosnas y ahora se enriquecen?

¿Es que uno se hace sacerdote para enriquecerse?

¡Qué desgracia para la Iglesia!

Los que no tengan patrimonio, no deben intentar conseguirlo» (VD 522).

Y también:

«Jesucristo ha escogido a sus apóstoles entre los pobres y los humildes para realizar su gran obra»(VD 218).

Más aún:

Hay que hacer trabajar a los jóvenes seminaristas para enseñarles a practicar la humildad, hacerles comprender qué significa ganarse la vida, cuál es el esfuerzo que otros ponen en conseguir frutos, en tener la ropa limpia; es necesario hacer por humildad y pobreza toda la labor doméstica: limpiar, lavar, pintar las paredes... emplear el mínimo de obreros del exterior, hacer uno mismo los trabajos» (VD 306 n. 1).

En segundo lugar, Antonio Chevrier ve un signo en el estilo de vida que se lleva en el Prado durante cinco años. No faltan los recursos, aunque no se puede contar con ellos por adelantado. Es un género de vida muy difícil, sobre todo para el que dirige una casa como el Prado, pero es también una prueba que permite discernir la voluntad de Dios y formar operarios dignos de hacer la obra de Dios.

«Si Dios no nos envía recursos, es prueba que quiere que suframos y que merezcamos, con el sufrimiento, lo que necesitamos.

¡Cuánta pobreza y sabiduría nos faltan cuando vamos con demasiadas prisas! No es más que presunción.

Quizá sea también una prueba de que Dios no desea esta obra, o que no somos dignos de llevarla a cabo, de organizarla bien; y vale más no emprenderla que querer hacerla a la fuerza.

Toda obra de Dios debe ante todo llevar el sello de la pobreza y del sufrimiento» (VD 308).

«La primera condición en ser llamado por Dios a trabajar en su obra. Luego hay que buscar ante todo el Reino de Dios y su justicia, y Dios nos dará el resto.

Lo cierto es que si buscamos instalarnos, si buscamos nuestra satisfacción, nuestra comodidad, al hacer construcciones, no buscamos a Dios, sino a nosotros mismos, y a veces el Reino de Dios queda detrás del nuestro, en segundo lugar.

Hay que trabajar, y trabajar para Dios; es menester que el labrador trabaje para recoger el fruto.

Dios sólo recompensa y paga a los que trabajan para Él. El operario es digno de su salario. Sólo se paga a los que trabajan. También Dios sólo paga a los que trabajan para Él.

Hay que trabajar para Dios y con Dios, es decir, con su espíritu» (VD 320-321).

«Si somos realmente los obreros de Dios, tendremos nuestro salario, Dios nos lo enviará. ¿Acaso nuestra obra no es una prueba de esta gran verdad? ¿Dónde se hallan

nuestros recursos? ¿Dónde nuestras rentas? Y sin embargo, Dios alimenta a cerca de doscientas personas cada día: ¿No es la prueba evidente de que la providencia de Dios vela por nosotros? ¿Y que si continuamos viviendo como hemos empezado, no tendremos siempre el apoyo y la ayuda de Dios? (VD 321 n. 1).

Un tercer signo es la bendición del Papa. En efecto, Antonio Chevrier hizo un segundo viaje a Roma en otoño de 1864. Lo más importante de este viaje fue la súplica dirigida al Papa Pío IX y la respuesta de éste:

«Santo Padre:

El reverendo Antonio Chevrier, de la Orden Tercera de San Francisco, prosternado humildemente a los pies de Su Santidad, le expone el deseo que tienen varios sacerdotes de reunirse, mientras la autoridad diocesana se lo permita, para llevar una vida regular y ejercer el Santo Ministerio sin otra retribución que la que los fieles les ofrezcan espontáneamente.

Solicita para él y sus compañeros sacerdotes la bendición de Su Santidad.

Roma, 1 octubre 1864 (VD 314-315).

He aquí la respuesta que Su Santidad nos ha dirigido por medio del padre Piscivillo, secretario de Su Santidad y redactor de la Civittá Cattalica, que se había dignado presentar nuestra súplica al Papa:

Respetable amigo:

En la audiencia del 12 del mes de octubre, presenté vuestra súplica a Su Santidad. Se dignó leerla con gran atención. Me hizo algunas preguntas sobre varios detalles secundarios, referentes a vuestro modo de vida. Le contesté lo mejor que pude.

Después de mi información, Su Santidad me dijo: No puedo firmar nada, pues se trata de un asunto muy delicado en el cual la Santa Sede procede con toda lentitud y prudencia.

Bendigo de todo corazón al reverendo Chevrier y sus compañeros, y le encargo que les transmita mi bendición.

La obra es buena, pero antes de aprobarla hay que dejar pasar los años, que los obispos den testimonio de su oportunidad y buen éxito; de momento *sólo* puedo aprobar las intenciones y bendecir a las personas, lo cual hago de todo corazón.

Roma, 1 noviembre 1864.

Carlos Piscivillo

«El Santo Padre manifiesta que la obra es buena, pero que, para aprobarla es menester encontrar a Obispos que nos acojan y nos admitan con este modo de vida, y den testimonio de su éxito, y que de momento *sólo* puede aprobar las intenciones y bendecir a las personas.

Difícilmente podríamos contar con una respuesta a la vez tan favorable y tan inteligente».

Seamos sinceros: Para nosotros todo esto es muy decepcionante. No nos gustan los superiores demasiado prudentes que bendicen las intenciones, evitando apoyar las acciones. Ni admiramos a las personas demasiado dóciles que consideran inteligente este modo de proceder.

Es evidente que las relaciones del padre Chevrier con sus superiores estaban marcadas por el ambiente de la época, como las nuestras están marcadas por el ambiente contemporáneo. Tanto en una como en otra ocasión, lo importante es saber si en el modo de tratar con el Papa y los Obispos nos guiamos por el espíritu del tiempo o por el Espíritu de Dios.

Si Antonio Chevrier sólo se hubiera guiado por el espíritu del tiempo, no habría tomado la iniciativa de un viaje a Roma ni de una apelación personal al Papa para someterle una idea insólita. Este hombre reservado sabía muy bien que planteaba una cuestión grave. Si el asunto hubiese sido de poca importancia y resonancia, lo habría resuelto con el arzobispo de Lyon. Por tanto, no deja de manifestar una cierta audacia en esta circunstancia. Audacia que proviene de la fe.

«El Espíritu de Dios se halla en nuestro Santo Padre, el Papa» (VD 226).

Si Antonio Chevrier no hubiese tenido para con el Papa más que una docilidad perezosa, no se habría movido ya más. En cambio, fiel al sentido profundo de su empresa, actuó según la luz que había recibido: Pío IX había dicho que la obra era buena, que aprobaba las intenciones y bendecía, es decir, alentaba a las personas. Había mencionado también a los obispos. Antonio Chevrier, con serenidad, sacó esta conclusión:

«Pedirnos, pues, el permiso para ejercer el ministerio gratuitamente, sin recibir, en nuestras funciones sagradas, más que lo que los fieles libre y espontáneamente quieran darnos, sin exigir nunca nada por las funciones de nuestro ministerio, con objeto de poner en práctica esta palabra de Nuestro Señor: *gratis lo habéis recibido, dadlo también gratuitamente*; para conformar nuestra conducta con la de San Pablo, que trabaja con sus manos antes que pedir, gloriándose y sintiéndose feliz de evangelizar gratuitamente.

Pondremos, pues, un cepillo en la sacristía y en la Iglesia, destinados a recibir las ofrendas de los fieles, con ocasión de la administración de los sacramentos y del Santo Sacrificio de la Misa» (VD 315).

Antonio Chevrier saca también otra conclusión: la acogida de Pío IX es un signo que le anima a proseguir la realización de sus proyectos en vistas a la formación de futuros sacerdotes.

Podría haber, finalmente, un cuarto y último signo. El arzobispo de Lyon autorizó a Andrés Gourdon para unirse al Prado. Aunque la autorización oficial no llegó, el fundador del Prado no se asusta. Únicamente modifica el modo de sustituir la función de aquél: Los muchachos que se preparan para el sacerdocio irán a clase a una escuela de la ciudad. Sor María describe estos comienzos:

«Mi colaboración en esta fundación consistía en preparar los cestos de provisiones de aquellos niños que eran enviados por entonces a la escuela de San Buenaventura y que comían allí con los alimentos que traían. Entonces eran solamente tres o cuatro» (PI 148).

Aquí captamos a lo vivo el modo de obrar constante del padre Chevrier: Cuando ve claramente el camino a seguir, hace todo lo posible, por poco que sea, para seguir la línea, sin salirse de la obediencia a su obispo, pero sin buscar complacer o disgustar. Para seguir este camino, sin pararse jamás, es preciso una resolución inusitada, es preciso haber renunciado enteramente a sí mismo para seguir a Jesucristo.

«El que ha renunciado a sí mismo no se turba por nada, no se preocupa por todas estas pequeñas miserias del mundo, por las injurias, los desprecios, los insultos, incluso los golpes. Sigue su camino» (VD 270 n. 1).

Así tenemos la fundación de lo que se llamaba entonces una escuela «clerical», es decir, en la práctica, un seminario menor. Pronto los alumnos podrán seguir las clases en el mismo Prado. Varios sacerdotes se turnarán como profesores. Otros sacerdotes ofrecen su ayuda para el catecismo de los niños, que se preparan para la Primera Comunión. También llegan auxiliares seculares. Con Sor Marie empieza la comunidad de las Hermanas del Prado.

Sólo le quedaban a Antonio Chevrier unos quince años de vida para consolidar la Obra que había iniciado.

VI PERSEVERAR

En 1859, cuando aún estaba en la Ciudad del Niño Jesús, Antonio Chevrier escribió a Camille Rambaud a cerca de un colaborador que llamaban «hermano Paul»:

«No confía bastante en la Providencia de Dios, que siempre le ha conducido; no se atreve, no cree bastante, no tiene aquella fe en lo que hace, que constituye la fuerza del hombre que empieza, emprende y sigue con vigor» (L 16 n. 19).

A1 contrario del hermano Paul, Antonio Chevrier, llevado de su fe en la obra que emprende, apoyándose sólo en Dios, seguirá con vigor lo que ha empezado. Un observador superficial fácilmente podría pasar por alto este aspecto de su personalidad; ¡lo externo en él es tan modesto, su vigor es tan silencioso...! Esto no debe engañarnos y Antonio Chevrier no se engaña: sabe que tendrá que probar su fuerza y no se olvidará de recomendar esta fuerza en los consejos que dejará a su primer sucesor:

«*Firme*: En la Obra o con los individuos, una vez que se ha decidido algo útil o bueno, mantenerse firme para que se cumpla el deber. No basta decir y mandar, es necesario hacer ejecutar lo que se ha mandado; de otra manera es el no terminar nunca nada.

Perseverante: No emprender ni empezar nada sin antes haberlo reflexionado y pensado bien; pero una vez algo se ha empezado, hay que proseguir hasta el fin. Es la única manera de hacer algo sólido y duradero. Empezar y no seguir es señal de debilidad y de celo mal entendido; y este defecto tan frecuente hace que se pierda nuestra autoridad. Y vale más hacer poco pero acabarlo, que empezar muchas cosas y no acabar nunca nada; y hacer las cosas unas después de las otras» (VD 528).

Pero Antonio Chevrier sabe lo que esto cuesta; es necesario estar armado de paciencia, es decir, saber aguantar hasta el fin. Esta perseverancia humilde no es otra cosa que un cargar con la cruz.

«Cargar con la cruz de cada día: Nuestro Señor añade, en último lugar: ¡Que lleve su cruz cada día!

¡Cómo piensa en todo! ¡Cómo fija exactamente nuestros deberes! Es necesario llevar nuestra cruz cada día; es necesario volver a empezar todos los días.

Cuando se la deja, por la noche, hay que volverla a tomar por la mañana, y volver a llevarla como el día anterior; y mejor que el día anterior. Cada día sin cansarse, con perseverancia. Si se deja de lado, hay que volver a cargarla hasta el final.

Es necesario no perder coraje en el camino de la cruz.

Hay que sufrir cada día, hasta la muerte y será preciso morir encima de la cruz, dejarse clavar sobre ella, como Nuestro Señor; caer a veces, para levantarse otra vez con la plegaria y continuar su marcha.

Es preciso perseverar.

Nuestro Señor nos dice esto porque nuestra pobre naturaleza, con frecuencia, se rebela, se cansa y quiere dejar la cruz.

Pero no. Cuando se ha empezado una vez hay que perseverar y llevar la cruz todos los días.

Todos los días «dar el catecismo», ser pobre todos los días, todos los días soportar al prójimo, al mundo, resistir, con la gracia de Dios, los cansancios de la naturaleza» (VD 332-333).

Todos los días dar el catecismo, todos los días ser pobre; he aquí, en dos trazos, dibujada la vida en el interior de la casa del Prado. En ella se es pobre porque uno quiere contentarse con «lo necesario» -un «necesario» que hoy nos parecería muy por debajo del mínimo indispensable, pero que era, desgraciadamente, la suerte de la gente pobre de aquella época.

«Quien tiene el espíritu de pobreza se dice a sí mismo: Tengo aún más de lo que necesito: hay tantos pobres que no tienen lo que tengo yo, tantos pobres que sufren, a quienes falta lo necesario, y yo ¿qué derecho tengo a vivir mejor, a comer mejor, a vestir mejor, que los pobres del Buen Dios?»

Donde no hay nada por sufrir, no existe la verdadera pobreza. Es dejándose penetrar por este espíritu cómo, poco a poco, uno se despoja de todo lo que no es necesario: se coge horror a todo lo que huele a lujo, a vanidad, al brillo, a lo vistoso y se escoge siempre lo que hay de más pobre y de más sencillo: mientras me cubra, mientras aguante, es lo que hace falta. Puede durar... conservémoslo».

En el Prado se es pobre porque no se quiere pedir a nadie (VD 295-296).

«Está completamente prohibido cobrarse los servicios, solicitar algo de los niños que tenemos, pedirles lo que sea; sería perder la libertad de acción, exponerse a bajezas, perder la dignidad, ir contra el espíritu de Jesucristo. Se es más feliz dando que recibiendo, servir a todo el mundo sin interés» (VD 306-307).

...

«Si no tenemos nada, primero debemos trabajar, como San Pablo, para no ser una carga para nadie, y cuando no podamos llegar a cubrir nuestras necesidades, debemos recortar nuestros gastos y vender lo que tenemos de más. Sucede con frecuencia que se tienen muchas cosas inútiles, que se vive en abundancia, que no se es pobre realmente, y a causa de todo ello es por lo que no te dan; vended entonces lo que tengáis de más, trabajad para ganaros la vida y Dios os enviará lo que os falta.

Sólo cuando se ha vendido todo lo que se tiene de más y se trabaja como los pobres verdaderos, es cuando se puede ir a pedir, si falta realmente lo que es necesario.

Y cuando se pide, hay que hacerlo siempre con humildad, con reserva y prudencia, y teniendo siempre muy presente que nadie nos debe nada» (VD 310).

De hecho, apretado por la necesidad, el Padre Chevrier acabó decidiéndose a pedir en la puerta de una iglesia. La primera vez, el hacerlo le puso enfermo.

En esta casa del Prado, también se es pobre porque se comparte lo que se tiene con los pobres, entre vecinos.

En el «Verdadero Discípulo», el trozo titulado: Dar a todo el que pida, evoca los problemas concretos que implicaba este compartir con esta gente que no eran precisamente santos. Se encuentran los que continuamente pedían prestado, los empedernidos quisquillosos, los liosos, los obstinados, los mangantes. Las dificultades se resuelven con lucidez, libertad de corazón, grandeza de alma: (VD 300-304).

«Si piden cien francos a préstamo, es mejor dar cincuenta o veinte si se puede, y no tener que reclamar nada más; de esta manera se hace una buena acción, no se está obligado a pedir nada a estos pobres que no pueden devolver y se conserva la amistad y la caridad con todo el mundo. Cuando no se trata de dinero, sino simplemente de objetos particulares como utensilios, vestidos u otra cosa, ya no hay los mismos inconvenientes aunque sea necesario no prestar verdadera mente aquello que no se tiene la intención de dar realmente, para no tener la decepción de no volverlo a ver mas.

Sin embargo, el cumplimiento de esta palabra nos ayuda muchísimo a practicar la pobreza perfecta y si se quiere realmente llegar a ser pobre, basta con prestar a todos los que piden y dar todo lo que te pidan; podéis estar seguros que pronto ya no tendréis nada vuestro» (VD 301).

No todo el mundo aprobó la pobreza del Prado. Si para unos constituyó una razón que les llevaba a contribuir a la subsistencia de los pensionistas, era criticada por otros. Entre estos últimos, había quienes estaban dispuestos enseguida a indicar los medios que aseguraran ingresos regulares; aconsejaban en particular un método ya probado: se trataba simplemente de hacer trabajar a los niños del Prado, tal como se hacía ya en

muchas instituciones que tomaban expresamente el nombre de «Providencias». Esta clase de consejos indignaba al fundador del Prado.

Antonio Chevrier sabe muy bien la cólera del pueblo obrero contra estas casas donde bajo la máscara de la caridad, se hacía trabajar, a bajo precio, una mano de obra incapaz de poder defender sus derechos. Estas cosas -dice- «hacen gritar al mundo». En efecto, en 1848, «Providencias» de éstas, fueron atacadas por los revolucionarios. (Six 74-78) (MS XIII 184).

La casa del Prado se llamará oficialmente «Providencia del Prado» pero no es una de «estas casas o Providencias en las que realizan trabajos manuales». El E'ensamiento del Padre Chevrier es muy claro, muy firme y no se desviará (VD 304).

«Nuestra finalidad debe ser totalmente espiritual y sólo debemos coger los niños -y los mayores- para instruirles y enseñarles religión; no para hacerles trabajar.

Nadie critica si un niño de buena familia, o incluso de simples obreros, pasa tres, cuatro años, o diez años en una escuela o en un internado, sin hacer nada, sólo para la instrucción o su educación. Y en cambio nos criticarán si tenemos cinco meses a niños pobres para formarles en la vida cristiana y enseñarles sus deberes, sin hacerles trabajar».

«Habría que valorar bien poco la importancia de la educación o de la instrucción, para que se nos pueda reprochar este breve tiempo que pasan sin trabajar... Nosotros encontramos siempre que este tiempo es insuficiente: Sin embargo, no desaprobamos un pequeño trabajo que ocupe un momento a lo largo de la jornada, trabajo de ocupación útil... útil para la casa, moral, adecuado para ocupar su cuerpo y enseñarles a salir de apuros, como comer un poco, preparar las comidas, limpiar, lavar, confeccionar rosarios, cavar un huerto, etc. No tenemos criados y debemos hacer nuestras cosas; este es nuestro trabajo: ser carpintero, albañil, yesero, barrendero, lavar, remendar; pero rechazamos todo oficio: fábrica, factoría, trabajo para la calle, todo lo que parezca comercio, todo lo que se hace para ganar dinero» (VD 305).

En el Prado, por tanto, se vive pobremente, ya que no se trabaja para ganar dinero. Pero no es para estar sin hacer nada. Se da catecismo y es un trabajo absorbente tanto para los alumnos que tienen varias clases de catecismo al día, como para los catequistas, que tienen que dar ocupación a sus internos a los que no debe dejárseles desocupados entre las sesiones de catecismo. Los catequistas también tienen que preparar una clase y trabajar para enriquecer y perfeccionar siempre su catecismo.

«No nos ocupemos, pues, de estas cosas inútiles; sólo una es necesaria: dar bien el catecismo. Cuando una cosa importante se hace bien, todo lo demás también va bien» (VD 299).

De otro lado, no demos a esta expresión «dar el catecismo» el sentido estricto que espontáneamente recibe: una instrucción religiosa dedicada a niños. Se trata de seguir a Jesucristo en su predicación tanto para adultos como para niños (VD 437-452).

«Es la instrucción sencilla, con preguntas y respuestas. Lo que instruye no es el libro; es el sacerdote.

Nuestro Señor no dijo: leed, instrueros, sino que dice al sacerdote: «docete», enseñad.

¡Qué triste es ver a niños pasar dos horas diarias aprendiendo palabras y aburrirse repitiendo siempre las mismas cosas, ellos y el catequista! Es peligroso. Se puede dar más fe y más amor y más religión en un cuarto de hora que lo que aprenden en dos horas.

Cuando se enseña a mayores o a ignorantes, no se puede decirles: id, tomad el libro de catecismo y leed; hace falta que uno mismo les enseñe, poniéndose al nivel de cada uno y de la mayoría y enseñarles con la palabra: «Fidex ex auditu» (la fe nace de la predicación Rm. 10,17) (VD 450-451).

Dar catecismo, formar catequistas en el sentido que Antonio Chevrier lo entiende, le parece tan esencial que un año antes de su muerte no duda en escribir: «Esta debe ser hay la necesidad de la época y de la Iglesia» (cf. L 61 n. 88).

El libro de catecismo lo debe escribir cada uno, recomienda el padre Chevrier. En primer lugar porque en aquel tiempo no se disponía de la abundante documentación pastoral que poseemos hoy en día. Sin embargo, creo que aún hoy daría un consejo semejante, porque es un medio para llegar a ser un buen catequista.

«Tener un gran cuaderno, o mejor aún, varios cuadernos para escribirse el catecismo propio».

...

Hay que empezar pronto este trabajo, a partir del momento en que empieza a darse el catecismo e ir añadiendo algo a cada artículo cada vez que lo deis en la catequesis. Cada vez que leáis algo o que estudiéis una cuestión, escribid en la página lo que hayáis aprendido en la lectura, en la conferencia, en la oración, en el estudio o en las conversaciones; así, os iréis enriqueciendo cada día, sin esfuerzo, sin trabajo penoso, y, al cabo de un tiempo os encontraréis que tendréis sobre todas las cuestiones religiosas, un trabajo completo y que, para predicar o para enseñar, bastará consultar vuestro catecismo donde encontraréis el tema bien trabajado y bastará reflexionar, rezar y coordinar un poco vuestras ideas para hablar en público y cómo será un trabajo personal propio, tendréis muy poco trabajo para retenerlo de memoria» (VD 452).

A través de estos consejos prácticos se transparenta una intuición: para anunciar el Evangelio es necesario haberlo asimilado de tal manera que pueda mostrarse con sencillez en el diálogo, como la luz que ilumina toda vida humana: Jesucristo. Esto no se consigue sin un trabajo asiduo y perseverante.

«Que los misterios de Nuestro Señor te sean tan familiares que puedas hablar de ellos como de algo que te es propio, familiar, como la gente sabe hablar de su estado, de sus vestidos, de sus asuntos (L 47 n. 67).

Sin embargo, este esfuerzo de catequesis hubiera sido inoperante, sin ir unido al tipo de vida de los chicos en el Prado. No habían sido agrupados en esta casa para que ante todo pudieran recibir unas lecciones de enseñanza religiosa. Estaban allí para hacer una experiencia cristiana completa, para que se les ayudara a intentar vivir lo que aprendían.

«La fe, el amor, la acción, he aquí los tres efectos que hay que buscar producir en toda instrucción.

Dar la fe por el conocimiento, los razonamientos, la visión de las cosas. Hacer nacer el amor a lo que se enseña.

Y llevar a ejecutar acciones en relación con la verdad conocida y amada. Para llegar a estos tres efectos hay que emplear todos los medios posibles y, como dice San Pablo, hay que dar a luz como una madre, hacer de nodriza y padre y dar la vida por caridad» (VD 451452).

Él medio principal era que en el Prado los chicos se sintieran verdaderamente en su casa, en familia.

«Imitaremos a Nuestro Señor en su bondad con los niños, cuando los llamaba a Él, y les daba testimonio particular de ternura y afecto. Les serviremos de padre y de madre, ocupándonos de ellos con un afecto sincero, para ganarles para Dios. Cuando la ocasión se presente, recibiremos a sus padres en nuestra mesa, como los pobres, y será un gozo para nosotros servirles y mostrarles todo el afecto que sentimos por ellos» (R 184).

El padre Chevrier era el primero que lo hacía y arrastraba a todo su mundo con él.

No imaginemos, sin embargo, que en el Prado reinaba un ambiente idílico. No se trataba de catequizar simplemente chicos de tradición cristiana, con frecuencia había que luchar *contra su incredulidad, contra el error, la mentira y el pecado que reinan en el mundo* y que se manifestaban también dentro del Prado.

Todo este trabajo de evangelización comprendía, como es debido, una vida litúrgica y sacramental.

La estancia de los jóvenes en el Prado comportaba, en general, el recibir la confirmación. Lo que valió a un Obispo el ser llevado triunfalmente por los chicos, que así quisieron mostrarle su simpatía. Claro que por ser un Obispo misionero en Oceanía, pudo resistir más fácilmente que otros, este tipo de homenaje.

Todo se orientaba explícitamente a la Primera Comunión *como* hacia la plenitud de la iniciación cristiana. El padre Chevrier no se había ilusionado: sabía bien que en general no conseguiría formar practicantes. Quería formar creyentes y no pensaba poderlo hacer plenamente sin conducir hasta la Eucaristía. Respetando el cuadro estrictamente limitado de las reglas litúrgicas de su época, hacía todo lo que podía para que en la capilla del Prado la Asamblea participara con inteligencia en los misterios litúrgicos. Con este fin, la capilla estaba llena de imágenes, pinturas e inscripciones.

A las clases de catecismo para los chicos, se añadían las predicaciones en la capilla.

«¿Cuándo debemos predicar:

Todos los días; y el domingo varias veces. Es sobre todo en domingo cuando hay que predicar, catequizar. A cada momento, un sacerdote debe estar siempre a punto de hablar, como Nuestro Señor: hablaba, instruía, reprendía a cada momento y en toda ocasión.

Antes de la Misa, explicar la Santa Misa y recitar en voz alta las oraciones de la Misa.

Después del Evangelio, explicar la Epístola y el Evangelio, con sencillez. Después de «Vísperas», explicar el Rosario.

Por la noche, explicar el «Vía Crucis» antes de hacerlo y hacerlo en forma de instrucción.

En la «plegaria», explicar un mandamiento de Dios.

Durante el «examen»:

predica verbum, insta, argue, obsecra (proclama la palabra, insiste, reprende, amenaza).

Cada noche, la enseñanza de Nuestro Señor Jesucristo a los fieles.

Nuestro Señor dijo todo lo necesario: a nosotros nos basta abrir un libro y leerlo a los fieles con una pequeña explicación» (VD 449).

Muchísima gente venía al Prado a confesar y pedir la absolución. A causa, sobre todo, de estos penitentes, tan numerosos, el padre Chevrier llegaba con frecuencia, muy tarde a la cena. El mismo explica su conducta:

«*Ayuno de caridad*: es decir, que no temeremos retrasar nuestra comida cuando sea necesario para ejercer la caridad; levantarse de la mesa para cumplir otro deber de caridad para con el prójimo. Es necesario olvidarse de sí mismo por los demás; en tal caso y para no molestar a nadie y no ser causa de descontento o pena para los demás, se comerá lo que toque, que se dejará en la mesa sin llevárselo. Si ya está frío, mala suerte. Y si se quiere, hará muy bien en lavarse el propio plato y el vaso, para no enredar a nadie por culpa suya. Hay que saber sufrir y no hacer sufrir» (VD 353).

Según el médico, esta manera de proceder fue una causa agravante, si no la causa de su enfermedad de estómago, que le llevó a la muerte a los cincuenta y tres años, realizando lo que había enseñado:

«Vale más vivir diez años menos trabajando por Dios, que vivir diez años más sin hacer nada» (R 179).

Pero, para comprenderle bien acerca de este tema, hay que escuchar otras palabras.

«Me ha hecho usted saber que nuestro amigo Delorme va mejor. ¡Alabado sea Dios! Cuidelo bien y no tema gastar lo que sea necesario para su salud, y cuando haya algún enfermo entre vosotros, estad llenos de bondad y de caridad para serle útil; gastad lo que sea necesario para conservar la salud, necesaria para trabajar con energía para la Gloria de Dios. Un buen obrero debe tener buena salud, aunque sucede muchas veces que los que padecen glorifican a Dios tanto como los otros, por el sacrificio que ofrecen, cada día, de sus penas» (L 79-80 n. 113) (L 79-80 n. 113).

Las cartas del Padre Chevrier contienen, con frecuencia, palabras semejantes y, al fin de su vida, diría:

«Me arrepiento de los trozos de pan de que me privé. Habría podido trabajar más tiempo para la Gloria de Dios» (P IV 151).

La reputación de Antonio Chevrier hizo que le llevaran, muchas veces, gentes que se suponía estaban poseídas del demonio. Es cierto que practicó los exorcismos en la capilla del Prado. Entre esta clientela algo extraña, se encuentra un tal Gay, que ya había sido enviado al cura de Ars. No se sabe nada acerca de este aspecto de su ministerio a través del mismo padre Chevrier. El Rvdo. Boulachon, su amigo, capellán de prisión, participaba en las operaciones. Sor Marie que asistió a los exorcismos, habla poco de ellos. Otro testigo, Françoise Chapuis, de la que ya hemos hablado, (cf. 2) da al contrario, bastantes detalles de los «posesos» y las

apariciones del demonio. Sin racionalismo exagerado, se puede atribuir a la imaginación de Françoise buena parte de lo que cuenta.

El cardenal Caverot, que fue obispo de Lyon a partir de 1876, pidió al padre Chevrier que no interviniera más en tal cosa. Pensaba, seguramente, que este sacerdote, para combatir realmente al Maligno, tenía algo mejor que hacer.

En efecto, Antonio Chevrier tenía que combatir, sobre todo, contra la *«falsa religión»* y el *«mal espíritu»* en sus colaboradores y colaboradoras.

A propósito del combate de Jesús contra la falsa religión de los fariseos decía:

«Consejos que Nuestro Señor nos da, sobre todo a nosotros sacerdotes: Instrucción de Nuestro Señor sobre el fariseísmo. Estad muy alerta. Guardaos de la levadura de los fariseos (Mt 26-ó), no hay nada más opuesto al espíritu y a la religión de Nuestro Señor» (VD 460 n. 3).

Manténía este combate conduciendo de nuevo incesantemente a sus compañeros al Evangelio, al conocimiento de Jesucristo; la aspereza de ciertas expresiones nos permite adivinar la rudeza de la lucha:

«Qué nocivos son y cómo hay que temer en una casa, en una comunidad, a los que no tienen buen espíritu. Qué daño hace a los demás con sus palabras y con sus ejemplos. Están constantemente diciendo mal de éste, de aquél, o de aquélla; se parecen, como dice Nuestro Señor, a estas víboras, a estas serpientes que están al acecho esperando el momento para mordernos, para verter el veneno que continuamente llevan consigo en su interior.

Reproches, críticas, palabras a troche y moche, inútiles pérdidas de tiempo, bufonadas, etc. etc.

Habría que meterles un tapón en la boca, hasta que se hubieran convertido. Raza de víboras, decía Nuestro Señor hablando a los fariseos, porque su corazón estaba malo y sólo buscaban morderle para verter su malignidad en El y en sus apóstoles.

Y de ordinario, son éstos quienes quieren dominar y los que buscan siempre dominar por medio de su espíritu maligno y de crítica; son orgullosos y siempre quieren tener el dominio de los demás.

Hay que vigilar estos espíritus malos y no retenerlos, porque son una peste y un veneno, que siempre serán nocivos y mortales y que no sólo impiden el bien, sino que arruinan las casas y las destruyen.

Esta gente, en una casa, parecen obreros de derribo: hacen más trabajo en un momento que otros treinta puedan hacer a lo largo de una mañana.

Cuando unos quieren construir y otros continuamente derriban, es inútil perder el tiempo construyendo: los que derriban irán siempre más aprisa que los constructores» (VD 231-232).

Constructores de la Obra de Dios. He aquí lo que el padre Chevrier buscaba incansablemente. Estaba persuadido que no bastaba con dar acogida a gente de buena voluntad, que hubiese dado signos de vocación. Era necesario darles una formación. Sobrecargado con múltiples tareas que le acaparaban, no olvidó su tarea principal y personal: la formación de apóstoles pobres para los pobres.

Para ello acometerá, tanto como sus fuerzas se lo permitan, la redacción de un libro: *El sacerdote según el Evangelio o el Verdadero Discípulo de Nuestro Señor Jesucristo*.

Desde la época de su formación, Antonio Chevrier sintió la necesidad de poner por escrito su proyecto de vida. Progresivamente, fue comprendiendo que debía exponer todo su pensamiento para comunicarlo a los que vinieran a trabajar con él. Con la ayuda de los numerosos documentos escritos que ha dejado, se puede seguir el rastro de un trabajo tenaz. Las etapas principales de este trabajo son, al principio, un *reglamento de vida*, fruto de unos ejercicios hechos en 1857; después un ensayo titulado *el Sacerdocio* y, finalmente, el *Verdadero Discípulo*, tal como nos ha llegado. Sabemos exactamente la intención del autor:

«He aquí cómo pienso hacer: Acabar mi pequeño trabajo sobre el Verdadero Discípulo, y darlo a examinar a algunos sacerdotes serios, y seguir con su aprobación. Si el Sr. Obispo viene a Roma, se lo enseñaré y nosotros seguiremos esta regla» (L 58 n. 83).

Este libro es el testimonio más claro de la perseverancia de Antonio Chevrier. Es fruto de su intuición esencial. Va explicitando, poco a poco, esta intuición a medida que crece su experiencia y que va cultivando, sin cesar, su conocimiento de Jesucristo, mediante el estudio minucioso del Evangelio y de San Pablo.

«Conocer a Jesucristo lo es todo.

Todo se encierra en el conocimiento de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo. Haec est vita aeterna ut cognoscant te, solum Deum verum Jesum et quem misit: et quem tu misiste, Jesum Christum (Esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti el único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo Jn. 17,3).

Jesucristo es la Palabra eterna, es la Palabra viva del Padre en la tierra, es su ciencia, su sabiduría.

En Él están todos los tesoros de ciencia y sabiduría. Así San Pablo a sus fieles no les desea ninguna otra cosa más que conozcan a Jesucristo. «Doblo mis rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, de quien dimana toda paternidad en el cielo y en la tierra, para que os conceda, según las riquezas de su gloria, que seáis vigorosamente fortalecidos por la acción del Espíritu en el hombre interior, que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y longitud, la altura y la profundidad de este misterio y conocer el amor de Jesucristo hacia nosotros, que excede todo conocimiento, para que vayáis llenándoos de los dones de Dios en toda su Plenitud. A Aquel que por el poder con que actúa en nosotros puede hacer infinitamente más que lo que pedimos y que todo lo que pensamos, a El gloria en la Iglesia, por Cristo Jesús, por los siglos de los siglos» (Ef. 3,14).

Ningún estudio y ninguna ciencia deben ser preferidas a ésta.

Es la más necesaria, la más útil, la más importante, sobre todo para el que quiere ser sacerdote, su discípulo, porque sólo este conocimiento puede hacer sacerdotes. Las demás ciencias no son más que accesorias y circunstanciales».

Perseverancia para estudiar el Evangelio y para redactar el Verdadero Discípulo, pero no olvidemos otra perseverancia, sin la cual el libro no habría tenido ninguna utilidad: perseverancia para formar apóstoles, como Jesucristo formaba a los doce (VD 113).

«Durante los tres años que pasó con ellos, para formarles en la vida evangélica y apostólica, no le vemos para nada aplicado a dobles formas externas y regulares, disciplinarias; vivían según la época, como podían. Pero le vemos constantemente ocupado en la transformación interior de sus apóstoles. Les instruía sin cesar, les reprendía a cada momento, les hacía actuar, los formaba para todo» (VD 222).

Al mismo tiempo que vinieron los primeros chicos a la escuela clerical, se presentaron también dos jóvenes que querían ser sacerdotes y aceptaban trabajar en el Prado. Se trataba de un tal Martinet y de Jean Claude Jaricot. El primero, era Hermano de las Escuelas Cristianas, había entrado en el Prado como catequista, y fue ordenado en 1866. El segundo, que había estado en el seminario Mayor de Lyon, fue ordenado en 1869.

La ordenación del Rvdo. Martinet coincidió con el inicio de una experiencia muy importante a los ojos del padre Chevrier. En el límite de la diócesis de Lyon, pero ya dentro de la diócesis vecina de Grenoble, en un lugar llamado Moulin a Vent, se quería fundar una Parroquia nueva. Los habitantes del barrio eran, en general, agricultores. Se le ofreció al padre Chevrier ser cura Párroco de esta Parroquia y aceptó. Estaba autorizado para seguir viviendo en el Prado y hacer servir la Parroquia, habitualmente, por el Rvdo. Martinet. Puso profundamente su corazón en este ensayo, porque veía Moulin a

Vent como un terreno favorable para realizar sus ideas acerca del ministerio parroquial, lo que él llamaba la *obra de los sacerdotes pobres para las parroquias* (cf. p. L 1571).

Se empezó el trabajo. Un equipo pequeño de «hermanas» entró en la obra. La presencia de Sor Marie en este equipo indica la importancia que, a los ojos del nuevo cura, tenía la empresa.

Sin embargo, las cosas no marcharon siempre con facilidad. Por las noticias que nos han llegado, se sabe que los habitantes del barrio estuvieron muy contentos, pero parece que la manera «evangélica» de Antonio Chevrier suscitó dificultades. Se puede suponer que éstas nacieron entre los colegas de los alrededores, probablemente por la cuestión de la gratuidad del ministerio, cuestión primordial para el fundador del Prado. Tantas reclamaciones debieron llegar al Obispado de Grenoble que, en junio de 1871, el cura de Moulin a Vent se enteró, por otros, que tenía oficialmente un sucesor en la persona de su Coadjutor, el Rvdo. Martinet, nombrado nuevo Párroco oficialmente. A partir de este momento, éste último tuvo el buen gusto de apartarse del Prado y debió encontrar, sin duda, más cómodo el no molestar más a sus colegas de los alrededores, aceptando hacer las cosas como todo el mundo.

El Padre Chevrier no hizo nada para reivindicar un poco más de respeto para su persona. Sufrió mucho en este fracaso, pero perdonó al Rvdo. Martinet. Las hermanas regresaron al Prado. Leyendo las notas que nos han llegado de los testigos de la historia, se percibe que los compañeros del padre no perdonaban tan fácilmente lo que veían como una especie de traición.

Jean Claude Jaricot fue también causa de decepción. Con bastante rapidez, el padre Chevrier comprendió que no podía contar mucho con este compañero. Estaba, ciertamente, muy decidido para la vida evangélica, pero no podía ser un verdadero apoyo y, menos aún, se podía pensar en él como futura cabeza del Prado. No sólo estaba el padre Jaricot poco dotado intelectualmente, sino que además tampoco tenía bastante juicio, Antonio Chevrier ignoraba aún la prueba que Jean Claude Jaricot le reservaba para el fin de su vida.

«En el mundo no se puede contar con nadie, ni incluso con los que están con nosotros, a menos que hayan dado pruebas seguras de fidelidad y perseverancia, pruebas que se dan en el sufrimiento.

«Habéis estado conmigo en mis tentaciones», decía Nuestro Señor a sus apóstoles.

El sufrimiento es la única prueba de fidelidad.

Cuando hayáis padecido, entonces contaré con vosotros.

Por esto no podemos comprometernos nunca con una persona para nada si antes no ha dado pruebas seguras de fidelidad al trabajo por el sufrimiento»(Vd 320).

En 1870, la guerra entre Francia y Prusia perturbó inevitablemente la vida del Prado. En Lyon y especialmente en la Guillotiere, la caída del Imperio y la proclamación de la República se acompañan de una ola de anticlericalismo. En 1871 quiere instalarse una «Comuna» como la de París. No durará mucho más de un mes.

Antonio Chevrier no pierde su sangre fría. A su madre, que ha enviado al campo, le escribe sencillamente:

«Te pido que te quedes en Chatenay; estarás más segura. Yo me espabilaré como pueda» (L 3 n 7).

A un sacerdote le envía esta carta:

«No le pido que regrese aún a Lyon, a no ser que le haga ilusión ser de la 'Guardia Nacional'. Nosotros, esta mañana, hemos recibido la orden de ingresar en la Guardia, bajo amenaza de multa y cárcel; y no sólo nosotros, sino todos los Sres. Párrocos y Coadjutores.

Vengo del Arzobispado. El Sr. Pagnon afirma que los sacerdotes están exentos, por la ley, pero hoy en día no existe ley. Yo espero que sólo será un temporal y una contrariedad para la sotana. Comprenda, con todo, que no es muy divertido.

Hasta hoy nos han molestado muy poco» (L 32 n39).

Terminada la guerra, en el Prado las cosas reemprenden su curso normal, es decir, junto con las alegrías, las preocupaciones, el trabajo agotador, las contradicciones. En medio de todo esto, la «escuela clerical» sigue siendo la gran esperanza: los primeros alumnos van creciendo.

Progresivamente, el padre Chevrier les comunica sus pensamientos, los asocia a su acción y a su vida, tanto como puede. Viene el verano de 1871 en que acaban sus estudios filosóficos y teológicos. Prácticamente es imposible continuar la formación intelectual en el Prado. Por otro lado, el nuevo Arzobispo de Lyon duda que el padre Chevrier sea capaz de formar sacerdotes. Los seminaristas irán, por tanto, al seminario de filosofía de la diócesis de Lyon y, después, al seminario de teología.

Y como en materia de formación apostólica es necesario saber vivir según la época (cf. p. 48 VD 222), las cosas se organizan, los jóvenes en el interior del seminario llevan una vida de equipo particular. Así se ayudan fraternalmente para mantener la orientación que ya han recibido. Permanecen en relación constante con su padre, por carta y con las visitas que éste les hace. El Prado, económicamente, se encarga totalmente de ellos. En las vacaciones vuelven al Prado y vuelven a encontrar su vida con los pobres y con el Padre Chevrier.

Se han conservado más de cincuenta cartas de este tiempo de formación. Estamos, por tanto, bien informados. En esta correspondencia se hace notar el espíritu de familia que existe entre los correspondientes. Antonio Chevrier se interesa por todos los aspectos de la vida de sus jóvenes discípulos y les habla, con el corazón en la mano, de lo que hace él mismo, de sus proyectos, de sus preocupaciones; les tiene al corriente de la vida del Prado y los asocia a su acción. Entre ellos existen verdaderamente, a pesar de la separación, los vínculos de *una verdadera familia espiritual*.

«Y cuando esta familia existe realmente, debemos encontrar en ella todo lo que se halla en una verdadera familia: el amor, la unión, el apoyo, la caridad, los cuidados espirituales y temporales que son necesarios a cada uno de sus miembros, sin que haya necesidad de ir a buscar a otro lado lo necesario para el alma o el cuerpo; de no ser así, la familia no es ni entera ni verdadera» (VD 152).

Pero no se olvida del vínculo esencial que da la existencia a la familia espiritual.

«Cuando dos almas, iluminadas por el Espíritu Santo, escuchan la palabra de Dios y la comprenden, cuaja entre las dos una unión de espíritu muy íntima de la que Dios es el principio, el lazo.

Es el verdadero vínculo de la religión, el verdadero vínculo de alma y corazón.

Este conocimiento de Dios, produce, en primer lugar, amor de Dios, pero también el amor de quien piensa como nosotros y como Dios; y este vínculo de espíritu fundado en Dios, es infinitamente más íntimo y más fuerte que cualquier otro vínculo natural.

Y, cuando a este vínculo espiritual se le añade la práctica de esta misma palabra, entonces se forma una familia verdaderamente espiritual, una comunidad cristiana que tiene por fundamento a Dios, por vínculo su palabra divina y por finalidad las mismas prácticas.

Y es imposible que exista una familia o una comunidad cristiana sin esta unión de espíritu que se fundamente en el conocimiento de Jesucristo, de su palabra divina y en la práctica de las mismas obras.

El amor a Jesucristo, el deseo de guardar su palabra, es el fundamento de toda familia cristiana y nosotros sólo estaremos realmente unidos de espíritu y de corazón en la medida en que este fundamento precioso esté en medio de nosotros» (VD 151).

Así, casi todas las cartas hablan del conocimiento de Jesucristo, del Espíritu Santo o de la misión, bajo una forma y otra. Se encuentra en ellas, resumido, y con frecuencia con mucho vigor, lo que desarrolla en las páginas del *Verdadero Discípulo*.

«Oíd con frecuencia en vuestras plegarias, en vuestras meditaciones, en vuestros ratos de recogimiento, estas palabras del Maestro bueno: *Sequere me (Sígueme)*; estas

palabras que han llevado a Pedro, Santiago, Juan, Felipe y los demás en pos de El y los han hecho apóstoles que han avanzado con tanto coraje y valentía por el camino de la pobreza, del sufrimiento y de amor.

Pido por vosotros, queridos hijos; sois mi consuelo en mis penas y mi esperanza en mis preocupaciones.

Cuando pienso que un día catequizaréis a los pobres, que un día os entregaréis al servicio del Maestro, que haréis lo que yo mismo no he podido hacer, que un día llegaréis a ser santos, que trabajáis para llegar a ser verdaderamente otros Jesucristo, que la caridad abracará vuestros corazones y os hará dar buenos frutos que permanecerán para siempre, soy feliz. ¡Oh, haced santos! Este debe ser todo nuestro trabajo de cada día. Creced en vuestro conocimiento de Jesucristo, porque es la clave de todo. Conocer a Dios y a su Cristo, es lo que constituye el hombre completo, el sacerdote entero, todo el santo; ojalá podáis llegar a ello» (L 92 n. 132).

Con ocasión de las vacaciones escolares, el padre Chevrier entra con gusto en ejercicios con sus jóvenes en Saint-Fons. Es un pueblecito limítrofe de Lyon. En su tiempo, y a pesar del desarrollo de la industria química de la zona, se hallaba aún en el campo, en la meseta que domina el valle del Ródano. Han regalado al Padre Chevrier una casita que se halla entre campos, en esta meseta. La casita, simple abrigo de los campesinos, fue transformada en vivienda rudimentaria por el nuevo propietario y arreglada como una casa de retiro, con su pequeña capilla. En la sala de entrada, a ras de suelo, donde estaba el pesebre de los animales, el padre Chevrier tuvo la idea de reproducir en sus muros un texto que él había escrito, mucho tiempo atrás en un papel. De aquí viene la costumbre, en el Prado, de llamar a este texto: *cuadro de Saint-Fons* (cf. p.63). Se compone de tres partes: el pesebre, el calvario, el tabernáculo; y quiere resumir así la doctrina del sacerdote según el evangelio:

*«El sacerdote es un hombre despojado
El sacerdote es un hombre crucificado
El sacerdote es un hombre comido»* (VD 535).

En el mes de octubre de 1873 los cuatro primeros seminaristas pradosianos, François Duret, Jean Broche, Nicolas Delorme y Claude Farissier, entrarán en el seminario de teología. Se aprovecha el paso para hacer ejercicios en Saint Fons. La finalidad de estos ejercicios es especial: estos seminaristas se preparan para hacer una «profesión». Antonio Chevrier da a este acto de compromiso una importancia particular *para vosotros -dice- para la casa, para mí, para la obra, para la Iglesia* (R. 252).

El fundador del Prado ve claro, en efecto, que el futuro de su obra queda asegurado si otros se deciden, finalmente, a comprometerse con él, para avanzar por el mismo camino. Hasta ahora, a excepción de Jean Claude Jaricot, ha tenido ayudas temporales, de personas que en su mayoría no comprendieron mucho sus verdaderas intenciones. Otros han permanecido y permanecerán en el Prado por un tiempo, incluso después de

la muerte del padre Chevrier, sin comprender, por lo demás, mucho mejor. Le ha sido necesario aceptar estas colaboraciones para hacer frente a la multiplicidad de tareas de la casa. Sin embargo, el futuro no queda asegurado. El futuro de la obra no depende, primordialmente, del número de colaboradores, sino de la decisión con la cual se entreguen. Los capaces para hacer la obra de Dios son los:

«... hombres generosos, entregados, que saben sufrir, animados por el espíritu de Dios.

Esto es lo que es necesario para hacer las obras.

Dadme un alma que sea generosa, entregada, que sepa sufrir; vale más que un millón. Y cuando, al lado de esta alma se junta otra con un deseo igual y encaminándose a igual meta, ambas unidas por el amor de Dios, la obra está fundada» (VD 308).

Fortalecido con esta convicción, Antonio Chevrier propone a los cuatro que se pronuncien para llevar juntos, con él, el estilo de vida evangélico que han conocido en el Prado y para consagrarse, tanto como de ellos dependa, a evangelizar a los pobres.

Para dar un apoyo jurídico al pequeño grupo que se forma, el compromiso lo vinculan a la profesión en la Orden Tercera Franciscana. Pero el fragmento principal de la fórmula del compromiso fue redactado especialmente por el padre Chevrier para esta ocasión. Resitúa en el contexto del cuadro de Saint-Fons el proyecto de vida del sacerdote según el ExTangelio.

Después de estos ejercicios, los seminaristas vuelven al Seminario Mayor.

Durante los años 1872-1874, el Prado, que había nacido en el corazón de la Guillotiere y había empezado a andar en el sur, en Moulin a Vent y en SaintFons, brota también en el norte, en los campos del Mont-d'Or, en Limonest. En el término de este pueblo, en el lugar llamado Saint-André, el padre Chevrier adquirió una propiedad. Se hacía necesario porque ya no se podía colocar en el Prado de Lyon a todos los que se presentaban, sea para el catecismo, sea para la escuela clerical. El dinero necesario para la compra lo dieron bienhechores, sobre todo dos personas, las señoritas Mercier y Bonnard; habían sido feligresas de Saint-André de la Guillotiere, y a partir de entonces no cesaron de ayudar al padre Chevrier con una fidelidad, una discreción y un desinterés que tienen bien merecido que aquí se las recuerde. El pensaba especialmente en ellas cuando esbozó un proyecto de organización económico con unos *padres o madres temporales*.

Los chicos del catecismo se instalaron en Limonest. Se reagrupa allí también a los retrasados mentales.

Pero Limonest, con Saint-Fons, se convierte también en lugar de retiro, para la reflexión y la plegaria, sobre todo a partir del momento en que la salud del padre Chevrier le obligue a residir en un sitio más confortable que la casa de Saint-Fons.

El Prado toma ya la configuración que tendrá hasta la muerte de su fundador.

VII

HASTA EL FINAL

En la primavera de 1874, el padre Chevrier cae gravemente enfermo. A menudo, su delicada salud ya le había obligado a descansar para cuidarse. Pero esta vez se temió por su vida. Le llevan a Limonest y permanece alejado del Prado largas semanas, casi tres meses.

A partir de este momento, se esfuerza en dar los últimos toques a su obra, aprovechando el tiempo que le queda, que presiente breve. Está orientado hacia un fin próximo ya, pero que le parece lejano por las pocas fuerzas que le quedan. Este fin es la ordenación sacerdotal de sus cuatro primeros discípulos.

Siente la necesidad de organizar mejor el Prado; este es el motivo de su tercer viaje a Roma en 1875. Lo que sucedió entonces es difícil de poner del todo en claro. Parece que, bajo la influencia de los capuchinos y de algún otro personaje, el padre Chevrier dio algunos pasos para obtener de la Santa Sede la aprobación del Prado como congregación religiosa. En el arzobispado de Lyon se sorprenden de esta tentativa y no están dispuestos a apoyarle. El padre Chevrier no insiste, retira su petición y continuará siendo sacerdote secular.

Los cuatro seminaristas van a recibir el subdiaconado en diciembre del mismo año. Antonio Chevrier lo aprovecha para plantearles de nuevo la opción que han hecho, para que la renueven libremente.

«Os envío seis mil francos para vuestro «título clerical». Si vuestra intención es dedicaros al servicio del Prado, aceptadlos, os los entrego de corazón.

Esta cantidad podéis invertirla en la casa del Prado, y yo me comprometo a entregaros cada año trescientos francos de renta, es decir, proveer a todas vuestras necesidades, como un buen padre debe hacer para con sus hijos.

Si vuestra intención no es ésta, podéis devolverme la cantidad, diciéndome que preferís firmar el compromiso con la «caja eclesiástica» (L 92 n. 133).

Quizá sean necesarias algunas explicaciones para comprender esta carta. Cuando un obispo ordenaba a alguien para el ministerio sacerdotal, éste debía tener asegurada su subsistencia en el futuro. Si lo ordenaba para la diócesis, el obispo se comprometía a confiarle un puesto, donde el sacerdote tendría de qué vivir. Así, antes de la ordenación decisiva, los seminaristas suscribían el «compromiso con la caja eclesiástica». En cambio, Antonio Chevrier ofrece a los jóvenes pradosianos una cantidad de dinero que revertiría en el circuito económico del Prado, mediante lo cual se comprometía ante la autoridad diocesana a proveer a las necesidades de los sacerdotes del Prado.

Esta actitud es profundamente significativa.

Por una parte, evocaba la pregunta de Jesús a sus discípulos: ¿Queréis ir vosotros también?. (Jn. 6, 67)

«¿Acaso hemos de discutir con Jesucristo, el divino Maestro? O queréis ser perfectos, o no. Si no queréis, decidlo simplemente: no quiero seguir este camino sino quedarme en el inferior; con eso basta» (VD 123).

Por otra parte, esta actitud demuestra que, si Antonio Chevrier y los jóvenes sacerdotes siguen siendo seculares, no es para cualquier tipo de tarea. Con una dependencia inmediata de su obispo, se ordenan para dedicarse a los pobres.

En la misma línea, un proyecto madura silenciosamente en el padre Chevrier: desea tener con él a los cuatro seminaristas para darles una última formación, antes del sacerdocio. Se prepara para esto de tres formas: dedica más tiempo a terminar la redacción del Verdadero Discípulo; una nueva enfermedad le obliga a seguir un tratamiento en Vichy; solicita del nuevo arzobispo de Lyon autorización para enviar a Roma a los cuatro seminaristas ordenados de diáconos.

De entrada, el arzobispo no acepta, pero esta vez Antonio Chevrier se hace insistente y por fin consigue el permiso.

¿Para qué este año de formación especial? En primer lugar, una misión especial necesita de una formación adecuada. Este es el argumento presentado al arzobispo. Pero en la mente del padre Chevrier no se trata únicamente de un tiempo de especialización después de tener unas bases esenciales bien sólidas. Todo lo contrario: se trata de replantearse lo fundamental, para mejor asegurarlo, ya que, hay que decirlo, el padre Chevrier no confiaba plenamente en la formación dada en el Seminario Mayor de la diócesis. Observando a los cuatro diáconos, percibe en ellos signos de un cierto aburguesamiento.

«Lo que impide vivir la pobreza es el no contentarse con lo necesario».

Cierto que se empieza por la pobreza pero, poco a poco, lo que se tiene va pareciendo no bastante cómodo, insuficiente, poco sólido, poco limpio... poco duradero, y mil otras razones aparentes; entonces se añade, se cambia, se embellece, pensando que es más conveniente, que dura más, y lentamente se llega a tener una habitación cómoda y al gusto de uno, donde no falte nada, a tener una mesa confortable donde se encuentra más de lo necesario; vestidos que duran más, que son más sólidos y más cerca de las modas en boga; de cambio en cambio se llega a hacer como el mundo y a perder el espíritu de pobreza» (VD 295).

¿Cómo poner remedio a las deformaciones que hayan podido introducirse en la cabeza y en el corazón de los cuatro jóvenes? Centrándose de nuevo en lo esencial:

«Sólo lo que está fundado en Jesucristo puede durar, lo que está edificado sobre otro fundamento no durará, al no ser sólido. Así todos los actos exteriores de obediencia, humildad, caridad, mortificación exterior, no son nada si no brotan del conocimiento de Jesucristo, del amor de Jesucristo y si Jesucristo no es su principio. Estas cosas exteriores salen con naturalidad si en el interior está la vida de Jesucristo; al contrario, son actos ilusorios forzados o hipócritas cuando no proceden de este principio que es Jesucristo.

Por tanto, le corresponde a El hacerlo todo, elegir, llamar, construir, rechazar o llamar a quien le place.

Todo lo que podemos hacer es indicar el camino, dar a conocer lo que Nuestro Señor ha dicho, el sendero que ha seguido, y cada cual ha de ver luego si quiere seguir así a Nuestro Señor y tener un lugar propio en la casa de Dios...»
(VD 103 n. 1).

De ahí el programa de este año de profundización: el estudio en común del Verdadero Discípulo.

Pero los cuatro estudiantes deben acabar el ciclo de los estudios teológicos ¿Por qué precisamente ir a Roma para hacer esto? El padre Chevrier no nos ha dejado ninguna explicación sobre este punto; únicamente podemos aventurar conjeturas.

Era imposible organizar los cursos de teología en el Prado y los cuatro diáconos no podían seguirlos como externos en el seminario mayor. Tal excepción difícilmente hubiese sido aceptada. Era menester, pues, encontrar fuera de la región una institución de enseñanza teológica que fuese al mismo tiempo internado. En la práctica, sólo había una solución en ese momento: Roma.

Roma constituía, pues, un proyecto válido para presentar a la autoridad diocesana. Sin embargo puede añadirse otra conjetura.

Antonio Chevrier va a hacer sus cuatro viajes a Roma para encontrar allí a los cuatro diáconos. Ahora bien, si jamás había puesto los pies en París y sus únicos desplazamientos de alguna importancia, como Lourdes y Paray-Monial, los había realizado en plan de peregrinación, eso significa que, si fue cuatro veces a Roma, tenía motivos proporcionados a la importancia de tales viajes.

Sin duda se dejó llevar por la corriente de simpatía a Roma que se desarrolló en esta época. Pero entró en esta corriente conscientemente, fiel a su vocación. Ya en su primer

viaje en 1859, había dado su opinión sobre un despliegue de boato que no provocaba en él la admiración que podían desear los maestros de ceremonias.

«Ayer jueves, día de la Epifanía, asistí al oficio de la capilla Sixtina. Imaginaos una grande y vasta nave pintada con un fresco magnífico, de arriba abajo, incluido el techo, que representaba temas del Nuevo Testamento, donde figuran más de mil personajes con variados matices, dando a esta capilla un aspecto único, tres bancos tapizados en los que se sentaban treinta cardenales vestidos de rojo, con muceta blanca, luego el papa llegando con todo su séquito de prelados, obispos y arzobispos; debo reconocer que todo esto impone y que en ninguna otra parte la religión se reviste de tal grandeza y esplendor, sin embargo hubiese preferido ver el pesebre del Niño Jesús y ser un pastor para tener la dicha de estar en el establo del Salvador (L 258 n. 535).

A pesar de todos estos elementos que no le iban del todo, siempre esperó de Roma, del papa, una aprobación o una confirmación que consideraba indispensable. Por eso, en el momento de terminar la preparación de sus diáconos al sacerdocio, le gusta poder hacerlo cerca del sucesor de Pedro.

A principios del curso de 1876, los jóvenes llegan a Roma. El padre Chevrier se encuentra con ellos el 19 de marzo de 1877. Hay un acuerdo perfecto. Incluso en este equipo que hubiera debido vivir tan unido, es menester, como en Lyon, seguir a Jesucristo en sus combates (cf. p. 47).

«Seguidme en mis combates. Contra las falsas ideas de los judíos y de sus apóstoles. Ha combatido al espíritu del mal que estaba en sus apóstoles y los judíos» (VD 463-464, VD 464 n. 1).

Escribía por entonces Jean a Claude Jaricot:

«Siento que mi autoridad ante ellos es muy débil. Parece que Duret y Delorme van entrando mejor en nuestras ideas, y comprenden mejor la pobreza y la vida del Prado. Broche y Farissier razonan demasiado; sobre todo Broche se calla y parece tener otras ideas propias, razona, es erudito: la autoridad de los reverendos Jaillet, Dutel y del seminario pesan mucho sobre ellos. Hay que rezar» (L 57 n. 82).

Sin duda Jaricot debió rezar mucho, ya que el padre Broche llegó a ser más adelante un superior del Prado, con una gran fidelidad al estilo de pobreza heredado del padre Chevrier.

La ordenación sacerdotal tuvo lugar el 26 de mayo en San Juan de Letrán. Es el momento culminante de la vida de Antonio Chevrier. El mismo comenta el acontecimiento al escribir a los ordenados que se están preparando en la casa de los Lazaristas, haciendo ejercicios:

«Qué grandes vais a ser cuando seáis sacerdotes, pero al mismo tiempo deberéis ser pequeños para ser verdaderamente otros Jesucristos en la tierra. Recordad bien que debéis representar el Pesebre, el calvario, el sagrario: que estos tres signos deben ser como estigmas que deberéis llevar continuamente en vosotros; ser los últimos, los servidores de todos, los esclavos de los demás por la caridad, los últimos de todos por la humildad. Qué hermoso, pero qué difícil; sólo el Espíritu Santo puede hacérselo comprender. Si lo recibís en vuestra ordenación, lo tendréis todo y yo habré realizado una obra agradable a Dios, llevándoos al sacerdocio, y os tendré como hijos que rezarán por mí y pedirán gracia y misericordia cuando el Señor me llame a su presencia; unos hijos que continuarán mi obra en la tierra, la obra de evangelizar a los pobres, que era la gran misión de Jesucristo en la tierra: *misit me evangelizare pauperibus*. Ojalá lo comprendáis y no os apartéis de esta hermosa misión» (L 83 n. 117, L 83 n. 117).

Llegados a este punto, es hora de plantear la cuestión: ¿Por qué Antonio Chevrier daba tanta importancia al sacerdote? En su época, nadie se asombraba de ello, ni siquiera los anticlericales para quienes el sacerdote era el principal adversario. Ahora, por el contrario, nos ponemos en guardia ante una fácil exaltación de la persona del sacerdote y de sus funciones propias.

El padre Chevrier siempre pensó que había lugar para otros apóstoles, además del sacerdote: su vida nos lo ha demostrado. Pero apenas tenía el sentido del laicado, en el sentido actual de la palabra. Habrá que esperar a Cardijn y Pío XI para que nazca un laicado cristiano en el mundo obrero.

En esa época se esperaba, sobre todo, que los seglares cristianos dieran ejemplo de vida honrada, conforme a la fe y a la moral. Entre estos seglares, algunos estaban llamados a secundar al sacerdote en su trabajo, por ejemplo como catequistas. A menudo llegaban a ser religiosos o por el estilo. Es un poco lo que sucedió en el Prado.

En estas condiciones, se comprende que el padre Chevrier haya ofrecido tanto a las hermanas como a los sacerdotes el cuadro de Saint-Fons (cf. p. 63), limitándose a suprimir para ellas la mención de los poderes del sacerdote. Al hacerlo se muestra coherente, ya que su idea es fundamentalmente apostólica. Es decir, que se refiere siempre a los apóstoles, al grupo de los doce que fueron, alrededor de Jesús, los primeros del pueblo de la Nueva Alianza. Las diversas vocaciones cristianas puede decirse que se han concentrado en sus personas. No se trata, pues, de proponer a todos la espiritualidad del sacerdote, sino de indicar a todos, seglares, religiosos y sacerdotes, la referencia a los doce discípulos de Jesús, los apóstoles. Es lo que hace el padre Chevrier de un modo especial para el sacerdote, cuando les aplica la palabra de Jesús a los discípulos: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (Jn 20, 21) y su comentario es éste:

«Jesucristo es el enviado del Padre.

El sacerdote es el enviado de Jesucristo.

Todo lo que Jesucristo dice de sí mismo en este título, el sacerdote se lo debe aplicar a sí mismo.

Está revestido, como Jesucristo, de los caracteres de un enviado y debe cumplir con las obligaciones propias del Enviado (Ms X 715).

Sin embargo, está claro que, para Antonio Chevrier, el sacerdote tiene en el plan de Dios un lugar particularmente decisivo.

«Si hay alguien que deba trabajar en la tierra, es sobretodo el sacerdote, ya que su trabajo es tan elevado, tan importante, para él y para los demás.

Ya que su misión viene de Dios y que de su trabajo en la tierra dependen la gloria de Dios y la salvación de las almas, la felicidad o la desgracia de los hombres, en el tiempo y en la eternidad; ante esta misión, este deber tan grande, el sacerdote no debe parar un sólo instante su labor, puesto que podría ser la causa de la pérdida de muchas almas.

Oh sacerdote, qué grande es tu responsabilidad y cómo debes consumirte en el trabajo para la gloria de Dios y la salvación de las almas.

«Todo lo que Jesucristo ha dicho de sí mismo, el sacerdote debe poder decirlo también de sí mismo (VD 191 VD 101).

Es cierto que, en la actualidad, nos gustaría oír estas palabras en otro estilo. Pero, lo queramos o no, hoy como ayer y como mañana, es extremadamente importante que haya sacerdotes pobres para evangelizar a los pobres. La tradición católica no yerra al conceder tanta importancia a la misión propia de los obispos y sacerdotes, y no vamos a evitar el clericalismo por el mero hecho de rebajar esta importancia. La verdadera solución es que haya sacerdotes y también obispos *según el Evangelio*.

Jesús nunca ocultó a los doce la grandeza insustituible de su misión, pero les llamó a seguirle para ser, a su ejemplo, personas que no han venido a ser servidas sino a servir (cf. Mt 20, 20-28) Antonio Chevrier, igual que el cura de Ars, siempre pensó que la misión del sacerdote era más grande de lo que se podía concebir, pero precisamente veía una razón imperativa para ser servidor como su Maestro. El título del cuadro de Saint-Fons, Sacerdos alter Christus, el sacerdote es otro Cristo, no significa más que la unión necesaria de la grandeza de la misión con la humildad del misionero.

«Todo lo que Jesucristo ha dicho de sí mismo, el sacerdote debe poder decirlo también de sí mismo.

Nuestra unión a Jesucristo debe ser tan íntima, tan perfecta que los hombres deben decir al vernos: He aquí otro Jesucristo.

Debemos reproducir, tanto en lo exterior como en lo interior, las virtudes de Jesucristo, su pobreza, sus sufrimientos, su plegaria, su caridad. Debemos representar a Jesucristo pobre en su pesebre, a Jesucristo sufriente en su pasión, a Jesucristo que se deja comer en la santa Eucaristía» (VD 101 n 1).

Y además:

«Para seguir a Nuestro Señor e imitar su humildad,

- escogeremos, como El, lo que haya de más humilde y de más pobre en la tierra.
- Pediremos a Nuestro Señor esta humildad de corazón para no hacerlo por obligación sino por atracción y por amor. Humildad de corazón.
- Escogeremos, con preferencia, la compañía de los pobres y los pecadores.
- Ocultaremos todo lo que pueda engrandecernos a los ojos de los hombres.
- Sabremos ocultarnos para evitar la gloria y los honores.
- No haremos nada para hacernos apreciar, conocer o glorificar.
- Todo lo que hagamos lo referiremos a la acción de Dios.
- Hablaremos gustosamente de lo que pueda abajarnos y humillarnos.
- No temeremos hacer los trabajos más bajos y humillantes.
- Soportaremos las humillaciones sin quejarnos en silencio.
- Evitaremos vanagloriarnos, de cualquier cosa, de dar a conocer nuestras acciones a los hombres.
- Nada temeremos más que a las alabanzas y honores (VD 402).

Algunos meses antes de la ordenación sacerdotal, escribía a los cuatro diáconos:

«Me alegra saber que habéis tenido el gozo de ver al Santo Padre, el Papa Pío IX, y que os ha bendecido, y que en vosotros ha bendecido a los pobres, los pobres que tenéis que evangelizar, instruir, y que todos hemos sido bendecidos por él en vosotros. Benedictio pauperibus. Estas palabras del vicario de Jesucristo concuerdan muy bien con las del Maestro: «Bienaventurados los pobres». Sí, seamos siempre los pobres de Dios, permanezcamos siempre pobres, trabajemos entre los pobres. Que la pobreza y la sencillez sean siempre el carácter distintivo de nuestra vida, y así tendremos la

bendición de Dios y de nuestro Padre. ¡Da gusto trabajar con los pobres! Se siente que son los amigos de Dios, y que no se trabaja en vano con sus almas. Amad, pues, a los pobres y pequeños; no busquéis engrandeceros y elevaros, más bien trabajad para haceros pequeños y llegar a serlo tanto que lleguéis a ser como los pobres, para estar con ellos, vivir con ellos, morir con ellos; y no temamos los reproches que dirigían los judíos a Nuestro Señor: vuestro Maestro siempre anda con los pobres, los publicanos y la gente de mala vida. Es un reproche que debe honrarnos en lugar de humillarnos: Nuestro Señor vino a buscar a los pobres. Misit me evangelizare pauperibus (me envió a evangelizar a los pobres). Aprended, pues, a amar a los pobres y que esta bendición de Pío IX, nuestro jefe visible y verdadero representante de Jesucristo, os sea un buen augurio y os haga amar a los pobres y permanecer siempre en la santa pobreza» (L 67 n. 97).

Esta concepción del sacerdocio y de la vida sacerdotal está tan arraigada en la tradición, que sin duda no pasa de moda.

Después de la ordenación, el padre Chevrier no deja al equipo en Roma indefinidamente. La obra de Dios espera a sus obreros; hay que volver a Lyon. El arzobispo se compromete a dejar a disposición del Prado a los nuevos sacerdotes. Las tareas se reparten y se ponen manos a la obra, ya que no falta trabajo: la escuela «clerical» es muy numerosa. Al padre Chevrier le fallan cada vez más las fuerzas, viéndose a menudo forzado a descansar. Por suerte, allí están los jóvenes sacerdotes.

El 25 de enero de 1878 el cardenal Caverot hace una visita oficial al Prado. Por vez primera, un arzobispo de Lyon efectúa este gesto. Da su aprobación *al reglamento de vida para los sacerdotes del Prado*. Este reglamento es una condensación del *Verdadero Discipulo*. R. 176y189.

Una gran prueba, que nadie había imaginado, se presenta entonces: Antonio Chevrier ha de ver cómo se derrumba la obra de su vida. Para comprender esta prueba, basta leer la carta remitida a Juan-Claudio Jaricot, que acababa de descubrir su vocación de trapense y que había ingresado en el monasterio de Aiguebelle, en la diócesis de Valence:

Tu ejemplo ha producido efectos admirables.

El reverendo Duret, desde hace varios días, me dice que se siente incapaz de dar el catecismo, que ante todo debe pensar en su salvación, que un hombre más o menos no es indispensable para una obra tan hermosa, que Dios sabrá cómo suplirle, que Dios no me abandonará, que siente la necesidad de retiro y trabajo, que debe ir a la Gran Cartuja, que hubiera sido mejor continuar como lego y dedicarse a la obra sin tomar la responsabilidad del sacerdocio, que esta responsabilidad le da miedo, que tiene miedo del juicio de Dios; que, después de pasar algunos años en la Gran Cartuja, volverá con mayor fuerza y seguridad en su vocación; que, con todo, la

vocación del Prado es hermosa, que no va a escoger otra, pero que tiene que marcharse... No sé si, después de esta serie de razones, va a quedarse...

El reverendo Farissier siente todavía deseos de ser misionero y manifiesta, de cuando en cuando, sus ganas de marcharse a China.

El reverendo Broche prefiere estar en Limonest en lugar del Prado y creo que se quedará allí con el señor Jaillet.

El reverendo Delorme va mal de salud, y nada podrá hacer solo, a pesar de sus deseos; debería pasar varios meses en el campo, y el hecho de abandonar sus compañeros no va a animarle mucho.

Si la cosa marcha así, tendrá que mandar a los latinistas al seminario y no podrá acoger a los niños para prepararlos a la Primera Comunión. No me siento ni con salud ni con ánimos de trabajar como antes. Dios me había dado buenos ayudantes, ahora me los quita: bendito sea su nombre. Dios me da una prueba evidente de que nadie es imprescindible para su obra. Todos me decís que Dios no necesita a nadie, que su obra se realizará, que la hará sin nosotros, es evidente; pienso que, después de nosotros, Dios va a enviar a otros que lo harán mejor; es mi único consuelo y mi única esperanza, pues sentiría una gran pena ver al Prado desierto y sin niños, después que, durante dieciocho años, ha sido el lugar de tantos sudores, trabajos y conversiones.

Iros a rezar y a hacer penitencia en el claustro. Siento no poder acompañaros, pues lo necesito más que vosotros, pues siendo más viejo soy más pecador. Pero, si no os acompaño, quizá me retire en Saint-Fons, y tendré el consuelo de haber hecho trapenses, cartujos y misioneros, ya que no he conseguido hacer catequistas, aunque creo que ésta debe ser hoy día la necesidad de la época y de la Iglesia.

Adios, querido amigo, ruega por nosotros y especialmente por mí, ya que pensaba haber hecho algo, una obra, y veo que no he hecho nada. Ojalá esta humillación me instruya y me sirva para expiar todos mis pecados de orgullo y otros de mi vida.

Tu hermano en Jesucristo abandonado en su cruz»
(L.61 n.88).

Intentemos precisar el pensamiento del padre Chevrier. Se manifiesta apenado si se interrumpe el trabajo con los niños del Prado; pero, para él, lo que fracasa realmente es el trabajo de formación apostólica de sacerdotes. «*Pensaba haber hecho catequistas, y no he hecho nada*».

Aunque no llegará a ver destruida su obra, tendrá que poner en manos de Dios el cuidado de consolidar lo que sólo había comenzado. Sólo le quedan diecisiete meses de vida, diecisiete meses de enfermedad.

Pero el padre Jaricot volvió. No sabiendo qué papel hacer, se dirige al santuario de Nuestra Señora de Fourviere, donde el padre Chevrier va a buscarle personalmente, diciendo al fugitivo arrepentido (1): «te esperaba».

Se somete a otro tratamiento en Vichy, sin que su salud mejore. Tampoco lo consigue con un tratamiento en el hospital homeopático de S. Lucas. Antonio Chevrier comprende que es hora ya de buscar un sucesor.

Después de reflexionarlo, propone al arzobispo de Lyon la designación de Francisco Duret, que sólo tiene veintisiete años. Redacta una especie de guía del superior, cuyas primeras líneas dicen así:

«A mi hermano Francisco Duret.
Superior de la Providencia del Prado

Advertencia.

Debes recordar que únicamente hay un Maestro y Superior en el cielo y en la tierra, que es Jesucristo, a quien Dios ha dado todo poder y toda autoridad en el mundo. Que, por consiguiente, cualquier superior no es más que el representante de Jesucristo y que no debe actuar ni hablar más que en unión con Jesucristo. Y que, si Nuestro Señor dice de sí mismo que no dice ni hace nada por sí mismo, con más razón un superior de la tierra nada debe decir o hacer por sí mismo, sino que todo debe decir]o y todo debe hacerlo por Jesucristo, o con Jesucristo y en unión con Jesucristo y que debe estar tan unido a Jesucristo, el único y auténtico Maestro, que pueda decir con verdad: no soy yo quien hablo o mando, es Jesucristo quien habla y manda en mí.

Esta es la primera verdad de la que debes empaparte para llegar a ser un buen superior (VD 527).

El nombramiento de Francisco Duret le fue notificado el 6 de enero de 1869.

El padre Chevrier pasó los últimos meses de su vida en la cama, en Limonest, pero, cuando siente llegar su fin, pide ser llevado al Prado de Lyon. Desea morir en medio de la gente de la Guillotiere, morir en *su pobre barraca*, como gustaba decir, allí donde había querido *ser igual que los pobres, para estar con ellos, vivir con ellos, morir con ellos* (cf. p. 59 L. 67 n. 97). Había formado parte de este pueblo durante más de veintinueve años.

De vuelta al Prado, muere a los tres días, el 2 de octubre de 1879. En el momento del entierro, todo el barrio de la Guillotiere está en la calle para ver pasar el cortejo y se encuentra normal dar una sepultura excepcional a este pobre sacerdote que había

querido renunciar a todo privilegio: es enterrado en la capilla del Prado. Su tumba se encuentra todavía allí.

Este entierro triunfal es un signo para los que quedan, en especial para sus herederos y también para algún colega que algún día se había sentido inspirado hasta decir: «Este Chevrier arrastra a su gente con sus pequeños Vincrucis, pero todo esto no aguantará». P II 38.

Es verdad que, desde entonces, la historia del Prado no tiene nada de triunfal, y que siempre había que recordar lo que decía su fundador:

«No se comprende en quién podemos apoyarnos en esta pequeña barraca. No hay en ella verdaderamente más que el Buen Dios que la sostiene.

Ojalá siempre continúe así (L 40 n. 54).

Sacerdos alter Christus
 post-primum post-primum
 post-primum post-primum

Incipit missa dicitur vobis
 est quem ad modum ego feci ita et vos facite
 +
 Sacerdos humilis matador mismo charite
 Celagem me desproch dicitur dicitur
 le uctemil de carnis dicitur dicitur
 la punitia viciis dicitur dicitur
 la heny de Deu dicitur dicitur
 la travail de honny dicitur dicitur
 la manitaa de dicitur dicitur
 la pitea est un bon de palle la pitea est un bon de palle la pitea est un bon de palle
 Plus on est pauvre plus on est riche Plus on est pauvre Plus on est riche Plus on est pauvre Plus on est riche
 dicitur dicitur dicitur dicitur dicitur dicitur

El sacerdote es otro Cristo

La Palabra se hizo hombre, y habitó entre nosotros					
Os he dado ejemplo para que lo que he hecho con vosotros, vosotros tambien lo hagáis					
PESEBRE		CRUZ		EUCARISTIA	
Pobreza		Muerte a sí mismo		Caridad	
Pobre	Humilde,	Morir	Inmolarse	Dar	Dar la vida
en la vivienda,	de espíritu,	al propio cuerpo,	en el silencio,	su cuerpo,	por su fe,
el vestido,	de corazón,	el propio espíritu,	la oración,	su espíritu,	su doctrina
el alimento,	ante	la propia voluntad,	el trabajo,	su tiempo,	sus palabras
los bienes,	Dios,	la propia fama,	la penitencia,	sus bienes,	su oración,
el trabajo,	los hombres,	la propia familia,	el sufrimiento,	su salud,	sus poderes,
el servicio,	si mismo,	y al mundo	la muerte,	su vida,	sus ejemplos,
Cuanto más pobre se es y más uno se humilla, más se glorifica a Dios y más uno se hace útil al prójimo .			Cuanto más se muere más vida se tiene, más se da la vida.		Hacerse buen pan
El sacerdote es un hombre despojado,		El sacerdote es un hombre crucificado,		El sacerdote es un hombre comido,	

INDICE GENERAL

PROLOGO.....	5
I. LLAMADA Y CONVERSIÓN.....	10
II. PREPARACIÓN.....	18
III. DISCERNIMIENTO.....	27
IV. FUNDACIÓN.....	35
V. MANOS A LA OBRA.....	41
VI. PERSEVERAR	56
VII. HASTA EL FINAL.....	73